



## ACCEDIENDO AL GENERO MASCULINO. DIMENSIONES HISTÓRICA, HERMENÉUTICA, REFLEXIVA Y POLÍTICA DE LA MASCULINIDAD

Eduardo E. Gosende\*

### Resumen

*El artículo explora los distintos pasos que el autor recorre para acceder al género masculino, en su proyecto que indaga las performances emocionales masculinas en encuentros informales de varones de Buenos Aires. Se concentra especialmente en los avatares metodológicos que debe superar para: 1) Construir una forma de acceder empíricamente a la emocionalidad y la masculinidad porteñas; 2) Producir la deconstrucción histórica y cultural de las mismas; 3) Encontrar una manera de interpretar la masculinidad en los varones y en sí mismo; 4) Trabajar su persona y sus conocimientos para desmontar las creencias y valores naturalizadas que poseía acerca de la realidad de género; 5) Buscar y definir un posicionamiento (standpoint) desde el cual plantear su localización social y política, en relación con la masculinidad y el género. El autor ilustra, revisa y discute los pasos recorridos con aportes del debate metodológico/epistemológico feminista.*

### Palabra claves

*Performances emocionales masculinas, metodología, posicionamiento, género.*

### Summary

*The article explores the different steps the author takes to gain access to masculinity in his research project about masculine emotional performances in only-men informal encounters in Buenos Aires. He focuses on the methodological difficulties he must overcome to 1) construct a way to empirically access Porteño men's emotionality and masculinity; 2) produce historical and cultural deconstruction of emotionality and masculinity; 3) find a way to interpret masculinity in himself and other men; 4) elaborate his own self and knowledge in order to dismount the naturalised beliefs and values he possessed about gender reality; 5) search and define a standpoint from which he can state his social and political standing regarding masculinity and gender. The author illustrates, reviews and discusses the steps taken with contributions from the methodological and epistemological feminist debate.*

---

\* Universidad de Buenos Aires (UBA), Universidad de Ciencias Empresariales y Sociales (UCES), Universidad Nacional de Quilmes (UNQ). E-Mail: egosende@sudnet.com.ar

**Key words**

*Masculine emotional performances, methodology, standpoint, gender.*

La investigación que realizo para mi doctorado me ha llevado a transitar un largo recorrido teórico/metodológico, para llegar a construir conocimiento acerca de la masculinidad. El desarrollo de una tesis doctoral suele ser trabajoso, porque a las exigencias personales que casi siempre concita este elevado título de posgrado, se suma el hecho de que los resultados deben alcanzar el *status* de ser considerados una contribución original al conocimiento en un tema o una disciplina. Así es que casi todos los profesionales sufrimos de ansiedades diversas y tendemos a sobrexigirnos, en el alcance y las dimensiones que damos a nuestros proyectos. En mi caso, estas ansiedades se vieron fuertemente acrecentadas, ya que mi proyecto enfoca la masculinidad y la emocionalidad de los varones porteños, cuestiones directamente relacionadas con mi persona. Ahora más que nunca, me encuentro involucrado con la masculinidad, género al cual después de un largo camino, voy llegando a conocer y habitar. Lo que afirmo no es tan raro como parece. Antes de este proyecto yo podía verme y reconocirme como hombre, como varón, o podía completar un formulario afirmando que mi sexo era masculino. Pero esto no es lo mismo que reconocirme como parte del género masculino. Este es un lugar al cual voy accediendo, como resultado del recorrido personal y del trabajo de investigación que he desarrollado en mi proyecto, que me ha demandado construir y poner en práctica una perspectiva teórica y una metodología sin las cuales nunca hubiera llegado donde estoy. Tampoco creo haber llegado a la cima de ningún lugar glorioso, ni haber conquistado un saber espectacular. Más bien tengo la sensación de haber mordido el polvo, de haber tenido que rendirme y entregar las armas. Me refiero a dejar de lado las posiciones identitarias tradicionales que nos propone la masculinidad a los varones, para lo cual es necesario relativizar ciertos valores e ideales que dan sustento a la posición del varón en nuestra cultura. Para llegar a hacerlo, tuve que ir explorando otras perspectivas, otras posiciones en la realidad del género, lo cual suena muy interesante pero no es nada sencillo de hacer. Dicho de otro modo, y usando palabras célebres, ser masculino no se nace, ni siquiera se hace, se llega a serlo y a partir de un arduo trabajo con la realidad de género.

Discutir y reflexionar acerca de las cuestiones metodológico-epistemológicas involucradas en mi proyecto, es una parte fundamental de mi tesis doctoral, y puede ayudarme mucho, tanto para el cada vez más cercano día de la defensa de la tesis, como para superar ciertos obstáculos que siempre aparecen en el trabajo de investigación y escritura del texto. Por eso me parece provechoso, y quizás no solamente para mí, mostrar aquí cómo se ve reflejado todo el recorrido metodológico y el proceso personal que necesité realizar para llevar adelante mi investigación. Comenzaré el desarrollo presentando mi proyecto y en especial su metodología, tal como ha quedado formulada en estos momentos finales del programa de PhD, cuando ya está escrita la



tesis, y a la espera de su evaluación. Luego continuaré con una introducción en los debates metodológicos feministas. Seguirá un relato del recorrido teórico/metodológico/personal que realicé para ir definiendo la perspectiva y los procedimientos para investigar y construir la masculinidad. Este relato será acompañado del análisis que cada paso mereció a medida que se fueron tomando las decisiones que desembocaron en el diseño metodológico y teórico actual. Finalmente, trataré de esbozar algunas conclusiones acerca de lo que considero me resultó necesario para “acceder al género masculino”.

### 1. Introducción y marco conceptual

Habitualmente, se acepta que los varones tienen muchos problemas para reconocer, expresar e incluso sentir sus emociones, especialmente en comparación con la sensibilidad y capacidad emocional que se adjudica a las mujeres. Hay además otra idea muy difundida que propone que esta incapacidad emocional masculina es algo que los hombres deberían reconocer, trabajar y superar. Este estudio trata de profundizar y discutir estas ideas, planteando un marco teórico y metodológico que critica la visión más comúnmente aceptada. Para tomar efectivamente en cuenta la especificidad de la cultura de la ciudad de Buenos Aires, el investigador intenta situarse desde la perspectiva del “etnógrafo aborigen” (Geertz, 1973), es decir, alguien que habiendo vivido fuera de la propia cultura por un período de tiempo prolongado, regresa y ‘re-conoce’ las formas de vida anteriormente “ocultas” para él, en su propia cultura.

Siguiendo la concepción de Género que propone Judith Butler (1990), este proyecto asume no sólo a la Masculinidad desde lo performativo sino que también presenta y extiende el discurso performativo como productor de las mismas emociones. Performatividad puede ser no sólo una característica productiva de los discursos de Género, sino también productiva de una *emocionología* particular (Stearns & Stearns, 1988). Es decir, que un momento histórico particular de una cultura puede producir emocionalidad y masculinidad socialmente construidas. Para abordarlas, se desarrolla el concepto de *Performances Emocionales Masculinas* (PEM), lo cual significa que Emociones y Masculinidad se condensan en procesos intersubjetivos que suceden en la interacción. Ni las emociones ni la masculinidad están basadas en una esencia interna original, sino que deben ser comprendidas en los discursos e intercambios intersubjetivos que los producen. Este abordaje, entonces, se basa en la articulación de distintos aportes que configuran su marco conceptual, los cuales son presentados en los próximos párrafos.

Han sido muy útiles los conceptos de Goffman tales como *performance* o actuación y emoción producida desde la interacción, que si bien no son tomados exactamente de acuerdo con su teoría, resultaron muy inspiradores para situar los primeros elementos claves del marco analítico que se desarrolló posteriormente. Goffman (1961, 1967) explora en encuentros sociales la naturaleza de la felicidad, la euforia, el abu-



rrimiento, el desborde y otros estados emocionales. Otra contribución fundamental es la teoría de Judith Butler en relación con Género definido desde lo Performativo y poniéndose en juego en *Performances de Género*. Combinando las ideas de Austin (1961) y Searle (1969), acerca de los performativos en la Pragmática, el marco psicoanalítico e ideas foucaultianas, Judith Butler ve al género como performativo: “devenir en una mujer” o un varón no es algo que se logra de una vez y para siempre ni en un momento temprano de la vida. El género que cada uno asume es algo que tiene que ser constante y públicamente reafirmado y ‘performado’ a través de actos performativos particulares que deben estar de acuerdo con las normas culturales de la época, las cuales a su vez están histórica y socialmente construidas, y son consecuentemente variables. Varones y mujeres dejan de ser considerados autómatas, programados por su socialización temprana y condenados a repetir para siempre su patrón de género original y apropiado, para ser tratados como agentes que pueden enrolarse en actos de transgresión, subversión y resistencia.

De acuerdo con R.W. Connell (1995), una característica central de la Masculinidad es que existe en el interjuego de una *jerarquía de masculinidades*, la cual establece diferencias de *status* entre los hombres, tanto a nivel material y económico como psicológico. En la medida en que este abordaje conecta al género con las clases sociales, las relaciones entre los grupos y los individuos devienen más complejas y realistas. Connell describe cuatro formas principales en la masculinidad contemporánea, *hegemónica, cómplice, subordinada y de protesta*, que involucran tres procesos directamente relacionados: dominación, complicidad o aquiescencia, subordinación y protesta. Masculinidades *cómplices* son “masculinidades construidas de manera que incorporan el dividendo patriarcal, sin los riesgos o tensiones de estar en las tropas del frente de batalla del patriarcado” (Connell, 1995, p. 79).

Muchos son los trabajos construccionistas sociales acerca de las emociones. Especialmente importantes son las etnografías que tratan con emociones específicas de una cultura o con actuaciones emocionales específicas de un género. Se plantea un abordaje que critica las teorías más tradicionales y hegemónicas de la emoción. Cuatro son los aportes construccionistas fundamentales que se pueden recortar, y que son claves para el marco de análisis de las emociones propuesto en este proyecto. Dichos aportes son: 1) La propuesta original de Rom Harré (1986), quien sostiene que es muy común encontrar entre los filósofos y los psicólogos la ilusión ontológica de que la mayoría de las emociones incluyen algún estado fisiológico. Lo que realmente existe para Harré no es la ira, el amor o la tristeza, sino gente enojada, amantes, y situaciones tristes. El autor propone producir una inversión de la cuestión: “¿Qué es el odio?”, transformándola en: “¿Cómo es que la palabra odio, y otras expresiones que están en su cercanía, son efectivamente usadas en cierto medio cultural y en cierto tipo de episodio?”; 2) El trabajo pionero de Catherine Lutz (1988) inaugura el estudio etnopsicológico de las emociones. Lutz y Abu-Lughood (1990) argumentan que la



emoción no puede ser cabalmente investigada si no se estudia el discurso en el cual es usada. Adoptando un estilo foucaultiano de razonamiento, Lutz (1996) ha argumentado radicalmente acerca de las diferencias en la emocionalidad entre varones y mujeres. Sostiene que la emoción ha comenzado a ser considerada como una categoría organizadora de lo social. Desde que las emociones son conectadas directamente con lo femenino, las cualidades que definen lo emocional tienden a definir a las mujeres también. De tal manera que cualquier discurso acerca de la emoción es al mismo tiempo, al menos en un modo encubierto, un discurso acerca del Género; 3) El estudio de las *emocionologías* (Stearns, 1988), que dan cuenta de la variación histórica de las emociones. El análisis de Peter Stearns muestra de manera definitiva que tanto la Masculinidad como las Emociones son producidas por una cierta cultura, y en gran parte por los procesos sociales que suceden en los niveles más amplios de la sociedad como, por ejemplo, los cambios en la economía, los modos de producción, la estructura del Estado u otros poderes. Emocionalidad y Género, a pesar de ser tenidos como procesos internos y biológicos que evolucionan en tiempos de la especie, cambian de un momento al otro de la historia.

Finalmente, un elemento clave para decidir el enfoque conceptual del proyecto es la propuesta de Edwards (1997), de elaborar una Psicología Discursiva de las emociones. Edwards presenta su Psicología Discursiva de las Emociones que da cuenta de cómo la gente habla acerca de sus emociones o las de otros, y cómo la gente usa categorías emocionales para hablar acerca de cualquier cosa. Parte de una crítica a las teorías que conceptualizan las emociones a través de modelos “cognitivos o mentales” o a través de “teorías del sentido común” o etnopsicologías, ya que ellas tienden a organizar el Discurso Emocional como estático y a ver a los sujetos de estos discursos emocionales como determinados por la fijeza característica de estas teorías y modelos mentales. En lugar de esto propone pensar a las emociones en términos de una *retórica del sentido común* de las emociones, la cual esta basada en lo que las personas *hacen* con el discurso emocional.

Dentro del rango de los recursos discursivos concernientes a las emociones, identifica una serie de posiciones o contrastes retóricos, los cuales expresan a través de oposiciones y contrastes, qué puede ser hecho por los discursos emocionales en la narrativa cotidiana, en discursos acerca de sucesos y responsabilidades. En esta serie incluye: 1) *Emoción versus cognición*; 2) *Emoción como irracional versus racional*; 3) *Emoción como disposicional versus producidas por las situaciones*; 3) *Reacciones emocionales naturales versus morales*; 4) *Sentimientos privados (internos) versus demostraciones públicas (externas)*; 5) *Emociones sinceras (espontáneos) versus simulados (actuados, no verdaderos)*; etc. Este abordaje permite trabajar las emociones desde una perspectiva no esencialista, reconociendo la naturaleza cultural de las emociones, tal como lo hace la perspectiva etnopsicológica, y sobre todo permite que los propios sujetos reestructuren retóricamente lo emocional tanto desde su hablar



acerca de las emociones, como desde sus propias actuaciones emocionales.

## 2. Metodología

Tres grupos de varones heterosexuales, universitarios de carreras ligadas a las ciencias sociales y humanas, de clase media, que tienen entre 30 y 40 años, se encuentran para compartir una cena o un asado, mirar un partido de fútbol o simplemente estar con los amigos. En todos estos encuentros está presente el investigador que se ha contactado con estos grupos a través de un amigo en común. Utilizando métodos de video grabación se registran los encuentros para analizar con atención particular cómo se desarrolla la interacción a nivel emocional. La técnica diseñada para analizar este tipo de interacción ha sido denominada Análisis de la *Performance*, que incorpora el tratamiento de los gestos faciales y de las manos, los desplazamientos corporales en el espacio escénico, las posturas, el nivel y el tono de la voz, los cambios de mirada, la interacción con objetos y con otros elementos del escenario.

Para Roland Barthes (1984), el teatro es “un tipo de máquina cibernética que, ni bien se sube el telón, comienza a emitir una serie de mensajes simultáneos (desde el decorado, el vestuario, y las luces, tanto como desde las posiciones, las palabras y los gestos de los actores)...” Esta simultaneidad posee una riqueza ilimitada, la cual acepta análisis sólo parciales y siempre incompletos. En el campo de lo psicológico y social son múltiples las metodologías que han tratado de capturar la riqueza que se despliega en toda situación de interacción cotidiana. Entre ellos están: el análisis dramático (Goffman; 1959, 1967), el análisis del comportamiento no-verbal (Argyle, 1988; Goffman, 1976) y el estudio de lo ‘Kinésico’ (Birdwhistell, 1970). Desde el campo del arte escénico hubo otras propuestas: el análisis de la Semiología Teatral (Pavis, 1982; Carlson, 1990), las investigaciones sobre *Performance* y el Arte Performativo (Carlson, 1996; Glusberg, 1986). Estos diversos intentos, todos parciales, dan cuenta de lo difícil que resulta el abordaje de la interacción en situaciones de lo cotidiano, cuando se pretende abarcar partes importantes de la complejidad involucrada en ella.

El Análisis de la *Performance* (Gosende, 2002) es una metodología cualitativa que aborda lo interaccional partiendo del encuadre desarrollado por los analistas conversacionales (Sacks, 1992; Silverman, 1998; Edwards, 1997; Potter, 1998 y otros), que proponen un estudio empírico de la conversación. Estos consideran al lenguaje desde el punto de vista de la Pragmática, la cual se ocupa de cómo es posible “hacer cosas con palabras” (Austin, 1961 y Searle, 1969). El Análisis de la Conversación ha producido una cantidad importante de conceptos y herramientas para estudiar empíricamente la conversación como: Descripciones y Versiones Alternativas, Organización Secuencial y Turnos, Pares Adyacentes, Trabajo de Reparación, Organización de las Preferencias, Dispositivos que Categorizan, Membrecías, etc., los cuales han sido sistematizados a lo largo de décadas de investigación etnográfica y cualitativa.



Se trabaja con grabaciones que son transcritas de acuerdo con un sistema de codificación estandarizado. Todos los análisis e interpretaciones son realizados de manera artesanal, partiendo siempre de qué significado se va aceptando entre un turno conversacional y el siguiente. La principal ventaja que se adjudica a este enfoque es que permanece siempre muy próximo a la conversación que ocurre “naturalmente” entre por lo menos dos interactuantes, y por lo tanto es capaz de ir captando paso a paso la negociación de los significados que se da en la intersubjetividad.

Todas las herramientas del Análisis de la Conversación son utilizadas en este proyecto, pero el Análisis de la *Performance* tiene como ventaja la posibilidad de incorporar *lo gestual y lo dramático*, lo cual puede ser utilizado en la indagación de distintos procesos intersubjetivos como la interacción emocional, que suele expresarse en los tonos de voz, las miradas, los gestos, etc. Existe una serie de aportes que afirman la necesidad de incluir lo gestual y lo dramático en el campo del análisis de lo discursivo conversacional. Christian Heath (1986) ha incorporado al AC el estudio de “movimientos corporales”, en la interacción que se da en el consultorio entre el médico clínico y el paciente. Desde una perspectiva ligada al Análisis del Discurso, Beverly Sauer (1999) realiza uno de los primeros estudios que incorporan lo gestual. Partiendo de la investigación de Mc Neill (1992), que estudia el uso de las manos para producir gestos que acompañan el habla, esta autora estudió cómo obreros mineros utilizan gestos para dar cuenta del riesgo que corren en sus tareas cotidianas. Driessen (1991) realizó un trabajo etnográfico en regiones rurales de Andalucía y acuñó el concepto de “Masculinidad Gestualizada”, para describir cómo el cuerpo y la sociabilidad de los varones andaluces está atravesada por un lenguaje fuertemente gestual que representa de manera directa los valores del orden de género, que organizan la realidad de estas comunidades. Coll et al. (1990) han elaborado un Diccionario con 91 de los gestos más usuales que deben ser aprendidos por cualquiera que pretenda ser competente en el uso del idioma español, lo cual da cuenta de la riqueza gestual que tiene nuestro propio idioma. Todo aquel que pretenda utilizar algunas expresiones de ‘Lunfardo’ de Buenos Aires necesita relacionarse con una serie de gestos faciales, de los brazos y de las manos sin los cuales corre el riesgo de no comprender parte de lo que se le dice.

Los tres encuentros de varones tienen varias horas de duración, por lo que han sido divididos en escenas. Estas pueden durar desde algunos segundos hasta varios minutos. El conjunto total de escenas fue clasificado primeramente de acuerdo con las temáticas que los varones tratan en cada una de ellas. Subsiguientemente estas temáticas se clasificaron según las *estrategias interaccionales performativas* (EIP), que predominan y caracterizan a la interacción conversacional, gestual y corporal en cada una de las escenas. La desgrabación de las escenas sigue un esquema de codificación extraído del AC en el cual se incluyen la descripción de lo no verbal, es decir gestos, movimientos y acciones que los participantes producen como parte de sus in-



teracciones. O sea que las “movidas” o intervenciones de los varones pueden ser verbales, no verbales o combinación de ambos niveles y pueden indicar las acciones de uno o más participantes. Hay distintos momentos o estadios en los que se va desarrollando la interacción en cada escena. Cada momento de una escena es analizado a través de las herramientas que permiten dar cuenta de la producción intersubjetiva de las *Performances Emocionales Masculinas* (PEM).

Es importante analizar las escenas, así como el propio encuentro como totalidades. Es necesario respetar las movidas, tanto las más gestuales o corporales como los intercambios más verbales que funcionan como partes significativas de una escena completa. Esto es especialmente necesario para entender las PEM, ya que estas se encadenan como momentos de las situaciones interaccionales sucesivas del encuentro. Las PEM de cada participante son reguladas por la interacción que tiene lugar en el encuentro, de acuerdo con los repertorios interpretativos disponibles para los varones porteños. La mayor parte de este proceso y de sus consecuencias permanece fuera de la conciencia de los actuantes, ya que se lo vive como naturalizado y universal. La interacción toma modalidades o estilos diferenciados que son regulados por EIP específicas, las cuales tienen una función performativa hacia las formas de emocionalidad masculina disponibles, en general bastante estereotipadas. Por ejemplo, para el capítulo que analiza el Poder y las Diferencias entre los varones y las masculinidades, se detectaron las siguientes EIP: **Conversación técnica; Relato de hazañas peligrosas; “Cachada”; “Gaste”; Duelo Verbal-Corporal; Persistencia-Resistencia y Discusión**. Estas formas específicas de interacción tienen significados más o menos estables, que al ponerse en juego desencadenan sistemas de reglas que dan sentido a la interacción, modulan las PEM y enmarcan las posiciones e identidades masculinas de los interactuantes.

### 3. Género y Metodología. La discusión feminista

De acuerdo con Heather Brunskell (1998), es difícil hablar de una ‘metodología feminista’, ya que las feministas como investigadoras, utilizan los mismos métodos de investigación disponibles para los investigadores de las ciencias sociales. Contrariamente, otras autoras han afirmado que hay una utilización particular de la metodología entre las investigadoras feministas. Una de las primeras definiciones en este sentido fue formulada por Liz Stanley y Sue Wise (1983), quienes la definieron como una metodología hecha sobre mujeres, por mujeres y para las mujeres. Estas autoras ven como muy relevante enfocar la inequidad de género y la dominación masculina dentro del mundo social. Argumentan que es importante el compromiso político por parte de la mujer investigadora, ya que estando comprometida con la transformación de las condiciones de vida de las mujeres, producirá mejores conocimientos.

Pero la investigación feminista no permanece actualmente restringida a estas ideas de Stanley y Wise. Fonow y Cook (1991) plantean que en lugar de hablar de metodolo-





gía feminista, resulta más adecuado plantear que existe una modalidad particular de la 'investigación feminista', la cual tiene cuatro temas centrales que caracterizan su encuadre. El primero, la reflexividad, que se caracteriza por el constante trabajo de revisión crítica del proceso mismo de investigación. El segundo, la acción orientada, que tiene que ver con el hecho de que la investigación feminista siempre apunta hacia el objetivo de la liberación, específicamente, la transformación del patriarcado y el empoderamiento de las mujeres. El tercero, que es necesario prestar atención a los componentes afectivos de la investigación. El cuarto y último tema es la utilización de la situación que se encuentra al alcance de la mano. Estas autoras sostienen que las feministas son particularmente proclives a reconocer oportunidades disponibles en situaciones no previstas, y así estudiar procesos que de otro modo permanecerían ocultos.

Una forma de no tomar partido anticipadamente en el debate relativo a la existencia o inexistencia de una metodología feminista, es contrastar las visiones feministas con la propuesta más general de Tomas Ibañez (1992), que analiza y describe las características esenciales del conocimiento científico de las Ciencias Sociales. Ibañez afirma que el conocimiento científico incluye lo teórico y lo metodológico en estrecha interacción, siendo los *postulados metateóricos* los que informan y determinan en última instancia la naturaleza de la resultante de esa interacción. Desde una epistemología construccionista social, el autor plantea que el conocimiento científico, posee cinco dimensiones constitutivas que son las siguientes:

1) *Historicidad*: el conocimiento científico es un fenómeno plenamente atravesado por lo socio- cultural. Por lo tanto, está marcado por la historicidad y la contingencia propias de todas las prácticas humanas. Es decir, que todo aquello que es histórico es concreto, particular e inseparable de sus condiciones de producción. De esta manera, las ciencias sociales son fenómenos históricos que versan sobre fenómenos históricos. Sus propiedades y su existencia actual están en relación directa con las prácticas y el momento temporal en el que se desarrollaron esas prácticas. Los objetos sociales tienen propiedades que revelan la memoria de su genealogía, la cual es imprescindible analizar para dilucidar esas propiedades. Estos objetos y hechos sociales no pueden ser investigados desde unos postulados o leyes que pretendan trascender sus contenidos específicos, pues estos contenidos son formativos de los procesos y fenómenos sociales a los que dan lugar.

2) *Hermenéutica*: La 'evidencia objetiva' proporcionada directamente por los datos ya no es un criterio o argumento definitivo de validación del conocimiento científico, ya que tanto los conceptos como las teorías interpretan, hacen hablar a los datos. A su vez, estas teorías y conceptos siempre deben ser expresados y recibidos a través de lenguajes tanto científicos como naturales, lo cual nos lleva a un segundo proceso de interpretación. El propio proceso científico entendido como proceso social in-



tegrado de producción de significados, involucra implícitos culturales, tradiciones disciplinares, improntas de escuelas o paradigmas, estilos e historia personal del científico, etc. Todo lo cual actúa como un nuevo y complejo nivel de interpretación. Dada la simultánea actuación de todos estos niveles mencionados, para Ibañez la interpretación o dimensión hermenéutica no sólo atraviesa las ciencias sociales, sino necesariamente todas las ciencias.

3) *Reflexiva*: Todas las ciencias sociales forman parte de sí mismas, es decir pertenecen al tipo de clases que son miembro de ellas mismas. Es decir, en cuanto que constituyen fenómenos sociales, anclados en un conjunto de prácticas sociales, las ciencias sociales son un objeto más dentro del conjunto de objetos que pertenecen a su propio campo de investigación. Por esta razón, deben apuntar hacia sí mismas sus herramientas de análisis y de crítica, para proceder “a una constante deconstrucción de todos los supuestos acríticamente asumidos que infiltran de forma subrepticia sus conceptualizaciones, sus teorías y sus procedimientos” (Ibañez, 1992, p.20).

4) *Productiva*: A partir de las teorías de Foucault acerca de la capacidad productiva del poder en relación con el conocimiento, Ibañez afirma que no hay relación de exterioridad entre saber y poder. De la misma manera, los conocimientos de las ciencias sociales son intrínsecamente *productivos*. Ya sea por la vía de la aplicación, la divulgación o incluso el silenciamiento, no es posible construir conocimientos científicos sobre la realidad social sin que esto produzca transformaciones en lo social.

5) *Política*: Ibañez afirma que “el carácter necesariamente politizado del conocimiento social, en el doble sentido de que induce modificaciones sociales y de que incorpora (y por lo tanto reproduce) creencias socialmente instituidas, implica que no se puede conducir un debate sobre los aspectos ‘problemáticos’ del conocimiento producido por las ciencias sociales, haciendo ‘como si’ se tratase de cuestiones puramente epistemológicas, metodológicas, o incluso técnicas. Y no creo que sea bueno incitar a pensar que sólo se trata de eso. Las cuestiones axiológicas, normativas, en definitiva políticas, forman parte interna (valga la redundancia enfatizadora) de los problemas analizados. ¡Y esto debe aparecer *explícitamente* como tal!” (Ibañez, 1992, p.24). Vale decir que el conocimiento no puede ser ni objetivo ni neutral, ya que cualquier científico social que sea realmente eficaz en su labor está actuando ineludiblemente como *agente político*, ya sea que modifique o no la realidad social a la cual su conocimiento se refiere. Por ello es plena responsabilidad del investigador el tipo de conocimiento que construye y divulga. Analizar esta dimensión implica combatir los efectos del poder que resultan de una *retórica de la verdad científica*, que se instituye como el nuevo principio trascendente al que los seres humanos deben plena sumisión.

Habiendo presentado el encuadre epistemológico de Ibañez, voy a revisar mi proyec-



to siguiendo las dimensiones del conocimiento científico por él propuestas. A lo largo de esta exposición voy a incorporar no sólo mi proceso de investigación y de toma de decisiones metodológicas, sino también los aportes de las investigadoras feministas que me han guiado en cada caso.

#### 4. Dimensión Histórica y Cultural

Mi proyecto original de investigación para el Doctorado recién tomó forma cuando estuve en Londres, después de varios meses de inmersión en la cultura inglesa. Ya había cursado y aprobado varias materias del posgrado en LSE (*London School of Economics*, un *College* de la Universidad de Londres) y comenzaba a resultarme imprescindible definir un tema para mi tesis de PhD. Lo primero que surgió fue la oportunidad de profundizar y enriquecer la investigación acerca de encuentros sociales, objeto de estudio creado y desarrollado ampliamente por Erving Goffman. Por coincidencias de gusto e intereses, Robert Farr comenzó a supervisarme. Luego me di cuenta que podía ofrecer ricas vetas de contacto con otro tema que me había llamado la atención por su desarrollo casi obsesivo en la cultura y la academia inglesas: las emociones. Cuando tuve que decidir quienes serían los sujetos de mi estudio de las emociones en encuentros sociales, y a partir de algunos datos muy llamativos acerca de las emociones del varón que leí en el libro "Inteligencia Emocional" (Goleman, 1996), no dudé en imaginarme rodeado de varones porteños en una investigación participante. Hacer el trabajo de campo en Buenos Aires y con varones porteños tuvo varias causas: un poco fue la nostalgia por el hogar lejano, otro poco para evitar acostumbrarme demasiado a Londres, pero la causa fundamental fue la relación con mi reciente pareja, que aunque no era inglesa, ya tenía varios años de residencia en Londres. Con ella conocí por primera vez al género. No sólo porque ella tenía una vocación feminista militante, sino porque me marcaba lo 'macho', lo latino, lo diferente de mi masculinidad con relación a ella, y con relación a la cultura inglesa. Así fue que, interesado por estudiar la masculinidad y los encuentros sociales, rápidamente había organizado, al cabo de mi primer año en Londres, un viaje para recolección de datos etnográficos, para filmar encuentros informales de varones en Buenos Aires.

Este fue el primer paso, en el que decidí el tema del proyecto, un poco por preferencias teóricas, pero fundamentalmente por todo lo que había significado la inmersión integral de mi vida en la academia y la cultura inglesas, las cuales conocía en la intimidad de mi relación de pareja. Esta inmersión en la cultura diferente (*cultural shock*) me dejó ver por contraste la masculinidad y el género de Buenos Aires. Algo que hasta allí era prácticamente invisible para mí resultó muy evidente, y por momentos bastante incómodo. Nunca imaginé que mi forma de ser varón iba a ser criticada, despreciada, marginada, que no iba a poder ver ni experimentar la sensualidad de las mujeres de otras culturas, que mis prejuicios iban a condicionar tanto mi percepción y mis actitudes hacia otros. Estos hallazgos en el otro permitieron reco-



nocer lo propio, lo cual me llevó no sólo a visibilizar sino también a comenzar a deconstruir la dimensión histórica y la especificidad cultural de la masculinidad y la emocionalidad porteñas. Ambas pueden ser analizadas reconstruyendo su genealogía, es decir el entramado de articulaciones políticas y sociales que se suceden en el tiempo para dar lugar a los hechos de un momento histórico. Este es el trabajo que comencé a realizar para situar a la masculinidad y la emocionalidad como elementos centrales de mi tesis.

Una de las metodologías más habituales que se utilizan para captar en toda su amplitud y profundidad la especificidad de una cultura y de un momento histórico es la etnografía. Tal como la plantean los antropólogos sociales, la etnografía incluye abordar lo cultural a través del reconocimiento de una historia colonial o poscolonial, la posición geográfica, los determinantes económicos, el uso de un idioma específico, así como ideas y prácticas específicas en relación con la identidad nacional, al lazo social, a la representación de la persona, etc. Por ejemplo, para un proyecto como el mío, el castellano, más el lunfardo y otros vocablos del “slang” porteño son elementos imprescindibles que el etnógrafo debe manejar. Más directamente conectados con el foco del proyecto estarían la realidad de género, la dimensión local de la masculinidad y la feminidad, así como conceptos, intercambios y realidades acerca de la emocionalidad y los sentimientos.

Siguiendo la propuesta de Clifford Geertz en mi relevamiento etnográfico asumí la posición del ‘indigenous ethnographer’ (Geertz, 1973), que implica realizar un trabajo etnográfico en la cultura propia, lo cual sólo es posible después de haber descubierto las diferencias entre la propia cultura y una cultura ajena, por ejemplo a partir de vivir en esta última un período más o menos prolongado de tiempo. Esto ya se aplicaba a mi caso, ya que había pasado más de un año de estadía en Londres. Por indicación de mi segundo supervisor, Victor Seidler, durante el segundo año del doctorado, ya en Goldsmiths’ College<sup>1</sup>, completé sistemáticamente en mi PC un diario etnográfico, donde hacía notas de campo acerca de mis experiencias cotidianas en Londres, registrando cómo estas influenciaban mi identidad de género y mis emociones por contraste con mi vida previa en mi cultura de origen. Una de las características centrales de la etnografía es que reivindica la necesidad de acceder al conocimiento de una realidad cultural nueva a través de la *experiencia personal*. La forma privilegiada de acceder a la diferencia con el otro es la inmersión de la subjetividad

<sup>1</sup> Este cambio hacia el Sociology Department de Goldsmiths’ College (Univ. of London) se debió a que busqué en esta segunda instancia una supervisión más adecuada al tema de mi proyecto, así como un departamento especializado en la metodología cualitativa que había definido como imprescindible para acceder a la emocionalidad masculina, mi foco de estudio. Este College también está considerado como una de las instituciones de vanguardia en Estudios Culturales, Raciales y Feministas.



propia en el contexto cultural y material a conocer. Así, la evidencia que expone la etnografía en su texto narrativo, permite al lector ver lo que el etnógrafo presencié, ya que estuvo allí y lo vivió en su propia experiencia. Sin embargo, el conocimiento a través de la experiencia, que parece tan auténtico, directo e irrefutable puede llegar a resultar un acceso más que complejo.

Lo etnográfico me resultaba muy novedoso e interesante, pero también muy ajeno a la metodología de investigación que yo manejaba y en la cual me había formado. No era antropólogo social y por lo tanto no sabía como registrar, ni interpretar la información en una etnografía. Tampoco había hecho una gran incursión en la literatura de la antropología social como para ver qué tipo de saber era el que esta disciplina manejaba. Por otra parte, estaban las críticas de varias feministas a la etnografía tradicional que la acusan de pretender producir un conocimiento universal y objetivo, cuando en realidad las representaciones etnográficas siempre son parciales, construidas y situadas, siempre importan una política de localización y de producción de conocimiento (Abu Lughod, 1990, Viswesvaran, 1994; Wolf, 1992). Un componente central de la etnografía, desde sus comienzos con Malinowski, ha sido su forma textual: una narrativa realista, a través de la cual se comunica al lector un conocimiento magistral acerca de la totalidad de una cultura. La autoridad de esta forma narrativa esconde el *ojo/self* del etnógrafo ya que manipula las líneas de visibilidad. El sujeto/científico no es realmente visto en la historia, mientras que el objeto, el otro cultural, es expuesto al máximo nivel posible (Clough, 2000). Dos críticas feministas fueron fundamentales para deconstruir este mito de la etnografía. Mulvey (1975) hizo un análisis crítico de la mirada masculina voyeurista y dominante de la narración cinematográfica. Teresa de Lauretis (1984) profundizó el análisis de Mulvey, al poner en evidencia la operación de la lógica edípica en la narrativa realista que siempre figura y naturaliza la diferencia sexual.

Todo esta revisión crítica desemboca en la propuesta de realizar etnografías desde un postura de reflexividad radical, también llamada autoetnografía (Schneider, 2002) a partir de propuestas de autores feministas y/o posmodernos. Estas incluyen no sólo la textualización del *ojo/self* del etnógrafo, es decir una constante revisión de cómo vamos experimentando, interpretando y escribiendo la realidad cultural, sino que también incorpora una revisión constante de la biografía cultural del etnógrafo, y la negociación constante de las relaciones de poder entre el investigador y la personas que encuentra en su trabajo de campo. Al hacer esto se ponen de manifiesto las inequidades de género, raciales, sexuales y étnicas. Creo que esto es en gran parte lo que Victor Seidler me había propuesto realizar, pero sin darme las claves de cómo elaborarlo ni procesarlo metodológicamente. Me sentí muy perdido con esta metodología, sentí que no tenía forma de sistematizar una cantidad de experiencias muy diversas, ni que fuera un medio para que la información se convirtiera en evidencia. Además la información no lograba obtener un anclaje que me permitiera conservar



un nivel de objetividad mínimo, separable de mis impresiones más subjetivas, más atravesadas por mi biografía, incluso por mis propios fantasmas psíquicos. El buceo hacia las profundidades de la significaciones psíquicas, con el auxilio casi exclusivo del texto etnográfico, puede llevar a subjetivizar ilimitadamente el conocimiento producido en un trabajo de campo. Mi impresión era que la reflexividad radical iba demasiado lejos, echando casi por tierra la posibilidad de sistematización y objetivación, aunque sea parcial, del conocimiento científico. Sin embargo, de acuerdo con algunas autoras feministas como Donna Haraway (1997), que propone una epistemología radicalmente nueva, la reflexividad radical no va nada lejos, ya que las etnografías aún no llegan a elaborar las tecnologías capaces de disfrazar las líneas tradicionales de ver y conocer, como para llegar a producir diferentes patrones de conocimiento.

Todas estas incertidumbres metodológicas, más las críticas feministas que desacreditaban a la etnografía por su sesgo masculino del conocimiento, me desanimaron para continuar con esta metodología y me llevaron a retornar a mi plan original que era estudiar en detalle los procesos interaccionales. Sin embargo, tal como lo expliqué anteriormente cuando desarrollé la metodología de PA, nunca abandoné la observación participante en mi forma de acceso a la interacción y a la subjetividad masculina. Ser observador participante de un encuentro de varones, en el que también registro y analizo en detalle la interacción de las conversaciones, me permite hacer un cruce de posicionamientos subjetivos, desde los cuales puedo construir múltiples dimensiones de experiencia, haciendo intersecciones de mi biografía, con las situaciones vividas en el campo, con los *insights* que sólo pueden producirse al analizar los datos. Por otro lado, y esto lo repito porque ha sido el movimiento fundante de mi acceso al género masculino, mi forma de experimentar la masculinidad fue acceder a ella en otra cultura. Es decir que estos posicionamientos subjetivos diversos, que tuvieron como trasfondo el período de residencia prolongada en una cultura muy diferente a mi cultura nativa, me llevaron a construir una identidad nueva, la que corresponde al llamado etnógrafo aborigen de Geertz. Contar con estas identidades me permite acceder a una *doble visión* (Gill, 1998), la posibilidad de colocarme en posiciones subjetivas contrastantes desde las cuales puedo tener perspectivas disímiles e intercambiables. Es decir, ante el mismo hecho social, puedo mirarlo desde una perspectiva cultural, o desde la otra, lo que me permite a su vez deconstruir una cultura desde la otra y viceversa.

Para concluir con este examen de la dimensión histórico-cultural de mi proyecto quiero referirme ahora a cuáles son los aspectos que concretamente incorporé al propio cuerpo de la tesis. Tanto las emociones como la masculinidad son analizadas buscando enfocar con la mayor precisión la especificidad del momento histórico y de la cultura porteñas donde suceden los encuentros de varones que yo analizo. Esto me llevó a indagar si existían características distintivas de las masculinidades latinas, si



estas características estaban presentes en las masculinidades latinoamericanas y en especial las masculinidades de los varones porteños. También realicé un recorrido similar para rastrear cómo la emocionalidad porteña se relaciona con otras realidades culturales. Ambas revisiones de la literatura incluyen la pesquisa de algunos momentos pasados del proceso histórico de construcción de la emocionalidad y la masculinidad porteñas. Para alcanzar estos objetivos han sido muy útiles los trabajos de la Antropología Social de género, que ha hecho una cantidad interesante de etnografías acerca de la masculinidad latina y latinoamericana. También me resultó significativo el aporte de los estudios de la Historia Social del género, tanto de nuestro país como de otros países latinoamericanos. Todo este trabajo de dotar al proyecto de densidad histórica y cultural ha sido retomado con intensidad en cada uno de los capítulos de análisis de datos, y es un aporte central en la formulación de las conclusiones finales del proyecto.

### 5. Dimensión Hermenéutica

Al avanzar en la revisión de la literatura para mi tesis y al realizar los primeros contactos con los sujetos de mi estudio (entrevistas con argentinos varones en Londres), aumentó mi inquietud acerca de lo que implicaba acceder a la masculinidad. Esto llevaba necesariamente a tener que investigar en profundidad no sólo la literatura de masculinidad, sino también la de género y la feminista. Al mismo tiempo que me resultaba interesante también me preocupaba, especialmente por algunos encuentros que ya había tenido con amigas feministas de mi pareja. Como ya comenté en el punto anterior, este cúmulo de exigencias me llevó a *Goldsmiths' College*, donde encontré supervisores<sup>2</sup>, cursos y metodologías cualitativas mucho más adecuadas a lo que yo buscaba. Tomé cursos de metodologías cualitativas que son la especialidad del Departamento de Sociología y, fundamentalmente, estudié *Gender Methods & Theories* con Caroline Ramazanoglu, Pat Kaplan, Victor Seidler, Celia Lury y Mariam Fraser. Así, el panorama mejoró decididamente y empecé a sentirme en un lugar que era capaz de contener mi trabajo en un área nueva para mí, y en una realidad muy poco explorada, la masculinidad y emocionalidad porteñas.

Mis primeras preocupaciones se incrementaron fuertemente cuando comencé a compartir los cursos de género con compañeras estudiantes inglesas y de otras nacionalidades, muchas de ellas con sexualidades no heterosexuales, y algunas con propuestas y posturas *queer* acerca del género. Llegado a este punto ya me sentía bastante perdido. Yo, que recién terminaba de descubrir a la masculinidad, recibía el cachetazo *queer* que no sólo criticaba a la masculinidad y a la heterosexualidad, sino inclu-

---

<sup>2</sup> Actualmente, y después de un segundo cambio, mis supervisores son Dr. Mike Michael y Dr. Mariam Fraser, ambos provienen originalmente del campo de la Psicología Social, de la escuela conocida en Inglaterra como Construccinismo Social, siendo Mariam especialista en temas de Género y Feminismo.



so a cualquier forma de sexualidad planteada como elección de objeto estabilizada y constitutiva de la identidad de género. Hablar de perplejidad es poco. Frente a toda esta avalancha de géneros que se cruzaban en cada esquina, yo comencé a estar muy preocupado en encontrar un punto de vista desde el cual examinar a la masculinidad, que pudiera estar a la altura de todos estos debates feministas, *queer*, de género, etc., que encima me rodeaban, porque de hecho yo vivía en la residencia universitaria, con algunas de estas compañeras de mis cursos de género.

Todo este proceso puede ser considerado parte de mi segundo gran paso personal en el acceso a la masculinidad. Tuve una inmersión completa en un contexto de sexualidades y géneros diversos. Un primer efecto de esto fue que comencé a visibilizar mi heterosexualidad, en contraste con otras formas de sexualidad, por ejemplo, lesbianas, bisexuales o *queer*. En realidad yo sabía de antemano que otras elecciones sexuales existían, pero nunca me lo habían mostrado desde una reivindicación teórica, personal y política realizada, reclamada y discutida delante de mí. Con el tiempo, fui pasando de reconocer la existencia de estas otras realidades de género, a tener la experiencia intersubjetiva con el otro diferente. Tanto en Londres como en Barcelona, tanto a través de mis relaciones de amistad, como en mis relaciones de pareja, fui tomando contacto con la experiencia y la subjetividad de otros, que ya habían relativizado sus concepciones y relaciones de género. Pude comprender que lo *queer*, o la indefinición del género no sólo era posible, sino deseable y reivindicable. La suma de todas estas experiencias personales que se fueron sucediendo en Londres, dieron origen a una parte central de mi perspectiva o *approach* teórico-metodológico, por lo tanto son centralmente constitutivas de lo que Ibáñez llama la dimensión hermenéutica o interpretativa desde la cual se produce el conocimiento científico.

La mayoría de las feministas comparten una crítica a la investigación tradicional en ciencias sociales. La llamada 'crisis de representación' en las ciencias sociales, que denunciaba la parcialidad del saber supuestamente universal, fue encabezada en parte por feministas. La noción de objetividad ha sido constantemente atacada, bajo el slogan "la objetividad es subjetividad masculina" (Spender, 1980). Desde un comienzo, las escritoras feministas comenzaron a sospechar que los reclamos trascendentales respecto de la 'verdad' no eran más que el reflejo de las experiencias de varones blancos occidentales y más recientemente, de feministas de clase media del primer mundo (Hill Collins, 1991; Hooks, 1982; Ramazanoglu, 1989; Segal, 1987; Spelman, 1988).

En años recientes, algunas feministas se han interesado en cómo la *retórica* de la escritura de las ciencias sociales sirve para ocultar el hecho de que la investigación es un proceso activo, puesto en marcha por sujetos corporalizados, con emociones y compromisos políticos y teóricos. Se ha prestado particular atención a la forma en la que las convenciones académicas textualmente des-corporalizan la investigación. El





productor del conocimiento y la forma en que produce ese conocimiento son sistemáticamente elididos en la escritura tradicional. Este *insight* respecto de la importancia de las construcciones textuales ha sido central para la llamada 'antropología pos moderna' que examina cómo la autoridad del antropólogo, en tanto 'experto cultural', es construida textualmente. James Clifford (1983) argumenta que el acto de escribir es una parte constitutiva de lo que los investigadores hacen en el campo. Si ha sido considerada como periférica es sólo porque prevalece la ideología que sostiene la transparencia de la representación y la inmediatez de la experiencia. Clifford sostiene que los reportes antropológicos son 'ficciones culturales', basados en exclusiones sistemáticas y refutables. Esto puede implicar el silenciamiento de voces incongruentes o el despliegue de una manera consistente de citar, hablar por, o traducir la realidad del otro (Clifford, 1983, p. 6). Judith Aldridge (1993) demuestra que la 'revisión de la literatura' como elemento de la retórica, juega un papel crucial no simplemente en la revisión del campo, sino construyendo la investigación de otros y validando el propio *self*, como teniendo una visión más amplia y sofisticada, un mayor conocimiento del campo. Tan integral es esta forma de escribir a la hora de establecer credibilidad académica, que esta autora se encontró haciendo lo mismo inclusive en su autobiografía. Se construyó a sí misma como teniendo una visión muy estrecha en el pasado, como una forma de mostrar su *expertise* y sofisticación actuales<sup>3</sup>. Tanto Aldridge como Clifford parecen dejar al *self* en un lugar derivado, secundario, con lo cual su participación en el proceso de investigación se hace menos decisiva. Al ser un producto de las formas textuales, el yo es una construcción más del discurso del investigador participante.

Contrariamente, otras feministas le dan un rol clave y mucho más firme al *self*. Aunque su precisión esté altamente cuestionada, la experiencia constituye una fuente clave para la producción de conocimiento (Harding, 1993; Stanley y Wise, 1993). El *self* es considerado como un punto de partida muy valorado. Como ya lo he venido mostrando, y como voy a ampliar a continuación, muchos aspectos de mi proyecto están directamente relacionados con mi experiencia personal, incluso con momentos fundamentales de mi historia personal. Desde que tengo memoria, siempre he tenido una fuerte necesidad de saber cómo son los varones. Desde la muerte de mi padre sucedida en mi temprana infancia, inicié una búsqueda de modelos adecuados de masculinidad. Esta búsqueda me ha llevado a observar, analizar e intentar (generalmente sin saberlo) diferentes posibilidades de identificación y asunción de modelos masculinos. Segundo, y relacionado con esto último, estuve siempre muy atraído por los

<sup>3</sup> En realidad toda esta presentación que estoy haciendo de las dimensiones que involucra la masculinidad (ítems 4 en adelante) está sostenida y avalada por este un trabajo fuerte que hago sobre mi *self*, donde voy pasando de estados de conocimiento más estrechos a estados donde mi amplitud de perspectivas se va ensanchando.



encuentros de varones. Recién en los últimos años, dejé de sentirme un extraño en estas situaciones. El grupo que yo puedo disfrutar profundamente es el que está constituido por cinco amigos míos, quienes teníamos la costumbre de juntarnos una vez a la semana, a jugar al *paddle*, tenis o a las cartas. En compañía de estos amigos tengo una sensación muy fuerte de pertenencia y aceptación. A pesar de que normalmente tenemos muchos problemas para comunicarnos, de que nuestras relaciones interpersonales (muy diversas entre sí) no son muy armoniosas, yo puedo experimentar una satisfacción muy plena, regocijante, al estar en compañía de ellos. Este grupo de mis amigos sumado a otros dos constituidos por amigos de dos amigos míos, son los que conforman la muestra de este proyecto.

Estas características singulares de mi punto de vista, acerca de los encuentros de varones y la masculinidad, se pusieron en acción cuando tuve que tomar contacto con la realidad de los encuentros de varones. Una vez comenzado a conocer el género, una vez reconocida y situada mi perspectiva, mi manera de escuchar y observar empezó a modificarse, y comencé a acceder a la realidad de los varones de otra manera. Podía poner en juego la doble mirada, no era una persona diferente, me comportaba en los encuentros que filmé como uno más de ellos, pero al mismo tiempo podía mirarme con los ojos de mis experiencias de Londres. También participé de los conocidos 'grupos de varones' tanto en Buenos Aires como en Londres, en lo cuales un coordinador da consignas y dirige un trabajo de puesta en común de experiencias y de reflexión posterior<sup>4</sup>. El acceso a la realidad intersubjetiva que se da en el estudio de campo es tematizado por Stuart Hall (1998), a partir del proceso que ocurre en la identidad cultural de los participantes. Hall distingue entre el concepto de identidad cultural como un marco cultural compartido versus un marco que connota diferencias esenciales en relación con lo que 'hemos llegado a ser'. En este segundo caso se trata de identidad como una producción, en la cual se significa el interjuego dinámico de historia, cultura y poder, a través del cual no sólo nos definimos en relación al otro, sino con el otro. La experiencia no se construye para autenticar (y esencializar) posiciones de identidad y conocimiento, sino como 'intersubjetiva y corporalizada', e 'irremediamente social y procesual'. "Identidades son los nombres que damos a las diferentes maneras en que somos posicionados por las narrativas del pasado" (Hall, 1998, p.225).

Retomando la cuestión metodológica de cómo decidí conformar los grupos de varo-

---

<sup>4</sup> Estos grupos me dejaron en claro que había muchas inconsistencias en relación a cual es la posición desde la cual los varones podían plantarse para hablar y pensar acerca de su masculinidad. Al menos en mi caso, estas inconsistencias me parecían sumamente importantes, me hacían sentir bastante incómodo, como no encontrando un lugar desde el cual compartir, no solo los problemas, sino también las propuestas, los objetivos que sirvieran para abordar mi situación de género.



nes, tengo que contar cuál fue mi experiencia con las primeras entrevistas exploratorias que realicé a varones porteños en Londres. Tuve dos tipos de acceso muy diferentes: con los que eran amigos míos, el acercamiento a su intimidad estuvo muy facilitado, me podían hablar de sus relaciones de pareja y familiares, de sus sentimientos y emociones, de sus problemas y sufrimientos. Cuando no se trataba de amigos, cuando sólo éramos conocidos, el acceso era casi imposible, las respuestas eran muy elusivas, o señalaban que todo estaba muy bien en sus vidas afectivas, que sus relaciones eran excelentes. A partir de esta diferencia sustancial comenzó a tomar forma una estrategia de acceso a la subjetividad masculina. Si quería alcanzar la proximidad e intimidad necesarias para que el varón mostrara algo de su vida emocional, no me era posible trabajar con extraños. Si además quería captar la emocionalidad en la propia interacción, y si quería acceder a la masculinidad como actuación, tenía que buscar una estrategia nueva. Mi decisión fue reunir a grupos de amigos y participar con ellos de encuentros que ocurren 'naturalmente'. Es decir, que este proyecto se aboca a PEM, que suceden entre varones que son mis amigos o son amigos de mis amigos.

De acuerdo con Patricia y Peter Adler (1997) que estudiaron a sus propios hijos, esta estrategia de hacer investigación con sujetos que no sólo son parte del entorno personal del investigador sino que involucra relaciones personales previas, ha sido utilizada exitosamente por muchos otros investigadores. Ellos afirman que: "Un rol del investigador que ha sido anteriormente ignorado es el de los 'padres como investigadores'. Los padres pueden fácilmente acceder al mundo de los niños a través de sus propios hijos. Pueden capitalizar este 'rol de membrecía completa'. Esta aproximación ofrece varias ventajas sobre las relaciones y roles etnográficos más tradicionales. Primero, es un rol que ocurre naturalmente, con el cual los niños se sienten totalmente familiarizados. Segundo, amplía la participación de los niños en una variedad de entornos, ofreciendo acceso a su escuela, su hogar y su vida social y recreacional." (Adler y Adler, 1997, p.22). De manera similar, mi trabajo de campo está hecho sobre una red de amigos y conocidos que existe, que tiene una historia, que enfoca la emocionalidad y lo afectivo con densidad temporal y sobre relaciones reales existentes entre personas. Este aparente exceso de subjetividad y de posicionamiento del propio investigador, en realidad es no sólo una herramienta que posibilita el acceso, sino también algo que le da un anclaje objetivo a la realidad social en estudio. Claro, esto es sólo posible si este enclave de relaciones interpersonales previas es declarado, explicitado, analizado y puesto a producir densidad histórica, interpersonal y afectiva en el mismo fenómeno que se estudia.

En síntesis, los aspectos de mi proyecto que he incluido dentro de la dimensión hermenéutica son los siguientes. Por un lado, todo lo referido al estilo de escritura que adopto como autor de un texto, lo cual me posiciona como más o menos objetivo, más o menos cerca de mi experiencia y mi subjetividad. Por otro lado, está todo lo



referido al *self*. El *self*, en tanto dimensión histórica personal, involucra mi autobiografía, especialmente en relación con la masculinidad, mis faltas, mis preguntas, mi búsqueda de modelos. El *self*, en tanto dimensión experiencial, involucra la vivencia de participar en grupos de varones, con los grupos de la muestra y con los grupos de varones ofertados como lugar de 'encuentro terapéutico'. Y en tanto dimensión relacional están todas mis relaciones en Londres con mi primera pareja allí, con mis compañeros latinos del doctorado, con las conocidas y amigas lesbianas, bisexuales y *queer*, con mis supervisores, con mis docentes, con mis compañeros varones porteños de LSE. También, hay que incluir a varones de Buenos Aires que son amigos o conocidos, tanto individualmente como en grupo, porque es con ellos que analizo la masculinidad. Todo esto está formando la red que sostiene la dimensión hermenéutica de mi acceso a la masculinidad.

## 6. Dimensión Reflexiva

La reflexividad no resulta tan fácil de explicar, ni de diferenciar con relación a las otras dimensiones postuladas por Ibañez. Por eso, siguiendo a Lohan (2000), voy a redefinirla aquí como el proceso de 'teorizar la creación de conocimiento', es decir partiendo de una crítica a la objetividad y la neutralidad positivistas, analizar cómo el investigador refleja sus filiaciones académicas, disciplinares, epistemológicas en la perspectiva teórica y el abordaje metodológico que construye para la realidad que estudia. Inicialmente, cuando diseñé la mayor parte de mi proyecto de PhD, me propuse estudiar la PEM desde una perspectiva que cumpliera las siguientes condiciones:

**1) Un estudio empírico acerca de lo social.** Buscaba sostener mis argumentos con suficiente evidencia empírica para permitir una discusión conceptual convincente, todo lo cual es necesario para poder realizar afirmaciones significativas. Trabajando en un Departamento de Sociología y proviniendo del campo de la Psicología Social, quería producir una investigación que pudiera hablar seriamente acerca de lo social. El marco del proyecto apunta a ser transdisciplinario, usando teorías y métodos de la Sociología, la Psicología Social y la Antropología Social. Otra realidad intrínsecamente social usada en este proyecto es la Realidad de la Vida Cotidiana, en la cual la interacción social deviene en un concepto central para explicar la realidad social, y también la acción individual. Otros tipos de realidades y espacios, como lo intrapsíquico y lo corporal, serán también incluidos pero siempre considerando sus determinaciones sociales.

**2) Una perspectiva que dé relevancia a lo cultural.** El estudio de las PEM y los encuentros sociales estará definido en términos de la realidad de la ciudad de Buenos Aires, que implica el reconocimiento de: 1) Una realidad social específica como producto de la historia colonial y pos colonial, posición geográfica, determinantes económicos, etc.; 2) una versión específica del lenguaje Castellano, que tiene las versiones *slang* de Buenos Aires; 3) conceptos y prácticas específicos en relación con lo nacional, el estado, la idea de individuo, etc.; 4) una realidad específica de género,



con definiciones culturales de masculinidad y feminidad; 5) conceptos culturales específicos, intercambios y realidades sobre emociones y sentimientos.

**3) Un enfoque crítico que problematice los conceptos claves.** Hay una gran confusión o falta de precisión acerca de los temas involucrados en el problema que investiga el proyecto porque, primero, la emoción es un fenómeno muy complejo en sí mismo<sup>5</sup>. Segundo, género y masculinidad son campos que están siendo constantemente desarrollados dentro de un debate metodológico y teórico muy fuerte. Adicionalmente, la conexión específica entre emociones y masculinidad está llena de supuestos no claros.

**4) Con una metodología diseñada especialmente para el proyecto.** La metodología comprende una combinación del Análisis de la Conversación con técnicas de análisis de lo dramático, que da lugar a la metodología de Análisis de la *Performance*. Esta propuesta incorpora el tratamiento de los gestos faciales y de las manos, los desplazamientos corporales en el espacio escénico, las posturas, el nivel y el tono de la voz, los cambios de mirada, la interacción con objetos y con otros elementos del escenario. Todos estos elementos son incluidos como partes de la *Performance* en la medida que son, o se integran, a las 'movidas' significativas que tienen lugar en la interacción que se produce entre los participantes del encuentro.

**5) Con involucramiento reflexivo del investigador.** La posición del investigador es la del 'etnógrafo nativo', que incluye mi historia personal de género y mis experiencias en los encuentros como forma de entender el fenómeno que estoy estudiando. Otro desafío es poder producir un relato que sea significativo para más de una audiencia: una audiencia académica inglesa y Argentina, y por supuesto, para hombres y mujeres de Buenos Aires en general.

Todas estas condiciones siguen siendo esenciales para el desarrollo de mi proyecto, pero algunos de estos aspectos han sido redimensionados a medida que el proyecto se llevó a cabo. Uno de los aspectos que más he elaborado es la cuestión del involucramiento reflexivo del investigador (punto 5). Mi reelaboración tiene como punto de partida el debate epistemológico promovido por el 'Feminismo Standpoint'<sup>6</sup>, representado por el pensamiento de Alison Jaggar (1983), Nancy Harstock (1983),

---

<sup>5</sup> Más de 150 teorías (Strongman, 1996) han sido registradas en este campo, el concepto necesita ser claramente discutido en el proyecto.

<sup>6</sup> Este concepto puede ser traducido como 'Feminismo del Punto de vista', prefiero usar el término inglés standpoint que lo identifica claramente como un desarrollo académico particular de autoras inglesas y estadounidenses.



Sandra Harding (1986, 1993) y Donna Haraway (1988, 1991), entre otras. Para introducir este tema, y por razones de espacio, voy a usar centralmente el trabajo de Harding. Tal como dice Ibañez, esta autora también sostiene que el conocimiento lleva la impronta del sujeto y la comunidad científica que lo ha producido.

Harding (1991) llamó ‘débiles’ a los reclamos científicos basados en el objetivismo, porque los que producen conocimiento deliberadamente “se alejan de la tarea de identificar críticamente todos esos deseos, intereses y valores amplios y socio históricos, que dan forma a las agendas, los contenidos y los resultados de las ciencias tanto como dan forma al resto de los asuntos humanos” (p. 141). Harding notó que, conceptualizaciones inadecuadas en investigación científica tradicional, han sido útiles para sus creadores porque ofrecen la oportunidad de producir resultados que son aceptados como válidos objetivamente sin tener que referirse al complicado problema de en qué medida ese trabajo está insertado en un marco de poder político, ofreciendo una “visión disponible para los que gobiernan” (p.120). Ante esta realidad, la propuesta de la autora es apropiarse de la noción de objetividad y reconstruirla. La objetividad tiene un pasado político e intelectual glorioso y no podemos darnos el lujo de simplemente decirle ‘no’ e ignorarla. Es necesario encontrar una manera de criticar a la neutralidad valorativa, resaltar la naturaleza situada y contingente de todos los conocimientos y al mismo tiempo sostener un compromiso fuerte para contar historias más precisas acerca de un mundo real. Por lo tanto, para contar una historia más precisa y “objetiva”, es importante considerar al mundo como es visto desde la perspectiva de las mujeres que ocupan, en mayor o menor medida, los márgenes sociales y políticos.

Siguiendo los análisis de Hegel y Marx, Harding (1991) afirma que los oprimidos tienen la capacidad de ver más claramente, de producir conocimiento que maximice la objetividad. Crear conocimiento desde la vida histórica y real de las mujeres implica objetividad ‘fuerte’, ya que hay una resistencia consciente a globalizar o universalizar; se adopta una aproximación holística hacia el entendimiento de la experiencia; se pone énfasis en la complejidad más que en la simplicidad. Más que intentar desarrollar una ‘Gran Teoría’, se cuentan historias locales y situadas contextualmente (Calas y Smircich, 1999). No existe la perspectiva ‘desde ningún lado’ (Haraway, 1988), lo único que existe son ‘conocimientos situados’. En relación con el Feminismo *Standpoint*, Harding sostiene que: “Las características distintivas de la situación de la mujeres, en una sociedad estratificada de acuerdo con el género, son usadas como recursos en la nueva investigación feminista. Son estos recursos distintivos, no usados por los investigadores convencionales, los que le permiten a los feminismos producir empíricamente descripciones más precisas, y teóricamente explicaciones más ricas que la investigación convencional” (Harding, 1991, p. 119).

Hay dos críticas o problemas centrales que se han planteado al Feminismo *Stand -*



*point*. Una primera cuestión es el papel de la experiencia. Analizando los desarrollos de la línea materialista de Harstock (1983), originada desde el marxismo, se criticó que fuera la propia posición y vivencia de la realidad material de las mujeres, la clave que les daba a ellas el privilegio epistemológico sobre los varones. Contestando esta crítica, Harding específicamente desacredita cualquier asunción esencialista fundamentada en la experiencia. “Por un lado, nosotros debemos ser capaces de decidir la validez de un conocimiento separándolo de quien habla, esto sería un legado deseable de la perspectiva convencional (...). Por otro lado, sí hace diferencia quién lo dice, qué dice y cuándo” (1991, p. 269). Esta cuestión se dirime distinguiendo entre juicios o afirmaciones sostenidos desde la experiencia y *standpoints*. “Para que una posición cuente como un *standpoint* (...) debemos insistir en una localización objetiva –la vida de las mujeres– como el lugar desde el cual la investigación debe comenzar. No hubiéramos sabido valorar como tan importante esta localización si las mujeres no hubieran insistido en la importancia de sus experiencias y sus voces...” (Harding, 1991, p. 123). Un *standpoint* es entonces el resultado de una lucha, un proyecto político (Hill Collins, 1991). El desarrollo de un *standpoint* representa el proceso a través del cual un grupo oprimido no es solamente un grupo en sí mismo, sino un grupo para sí mismo, donde cada miembro adquiere un sentido de pertenencia al grupo. No hay una conexión natural entre experiencia y ser parte de un grupo social, sino que debe construirse y articularse como una experiencia grupal, a partir de la cual cada miembro puede hablar desde “la vida de las mujeres” y con un sentido político que busque un cambio emancipatorio.

La otra crítica se refiere a que, partiendo de las vidas de los oprimidos, no queda claro cómo la epistemología *standpoint* puede arreglárselas con la existencia de opresiones múltiples y contradictorias. Harding reconoce precisamente esto, cuando afirma que: “Es importante recordar que en cierto sentido no existen las mujeres o los hombres en el mundo –el género no existe– sino solamente mujeres, hombres y género construidos a través de luchas históricas particulares sobre las cuales sólo las razas, las clases, las sexualidades, las culturas, los grupos religiosos, etc., tendrán acceso a los recursos y al poder” (Harding, 1991, p.151). La fuente del problema es la existencia de múltiples grupos sociales marginados, ¿estaría alguno de ellos epistemológicamente más privilegiado que otros?; y si no fuera así, si todos estuvieran al mismo nivel, ¿tendría sentido el propio concepto de *standpoint*? Hill Collins (1991) dice que siempre habrá múltiples formas de dominación y que miembros de la sociedad muchas veces pueden estar, alternativamente, en múltiples grupos dominantes o múltiples grupos dominados. Su propuesta es usar el diálogo cuando los reclamos entran en una relación de disputa: “Cada uno tiene una voz, pero cada uno tiene que escuchar y responder a otras voces, para que se le pueda permitir seguir estando en la comunidad” (Hill Collins, 1991, p.236). Este problema que señalan las feministas, de la superposición y disputa entre múltiples *standpoints* que representan a distintos grupos sociales, también está presente en mi proyecto con relación a cómo son repre-



sentados los distintos varones porteños y sus distintas masculinidades. No todos los varones son iguales, sus identidades y sus objetivos políticos pueden ser muy diferentes. Para tomar en cuenta estas diferencias, el proyecto trabaja con masculinidades diversas (hegemónica, cómplice, subordinada, de protesta, etc.), tratando de detectar en cada momento de la interacción en los encuentros, cuál sería el posicionamiento desde el que los varones hablan.

Partiendo de una epistemología *standpoint*, existen otros problemas para abordar la masculinidad. Hay un problema que está en la base de la crítica epistemológica realizada por las feministas, y se relaciona con el hecho de que todas las instituciones de la ciencia emergen de un sistema de valores patriarcal. La ciencia misma es productora y legitimadora del patriarcado (Haraway, 1988; Harding, 1986). Más aún, la ciencia refleja directamente a la masculinidad hegemónica de las sociedades occidentales, que se identifica con las características de independiente, seguro de sí mismo, sin emocionalidad, objetivo, analítico, dominante, lógico y racional. Los mismos criterios que se eligieron para describir a la objetividad del conocimiento: validez y confiabilidad, reflejan estas características de la masculinidad hegemónica occidental. Por todo esto hay que ser muy cuidadoso al estudiar la masculinidad, ya que las características del objeto de estudio pueden reflexivamente contagiar a la forma de validar el conocimiento científico que se produce. Dicho de otro modo, el conocimiento y la masculinidad pueden validarse mutuamente al cumplir con los requisitos de lo objetivo y lo normal, ocultando las características propias y contingentes de la masculinidad, o mejor dicho de las distintas masculinidades, que sí pueden ser visualizadas y estudiadas desde una epistemología *standpoint*.

Aunque los estudios de género masculino tienen poco más de dos décadas, de acuerdo con Clatterbaugh (1997) ya pueden contarse ocho perspectivas diferentes que han sido adoptadas para estudiar la masculinidad: 1) La conservadora, que busca que se mantenga la jerarquía masculina y el rol masculino en el lugar de trabajo; 2) la pro feminista, que apoyaba las aproximaciones anti sexistas y buscaba formas de desmasculinizar a los varones a través de grupos de reflexión y publicaciones; 3) la de los derechos de los varones, que estuvo de acuerdo con los argumentos feministas, pero se preocupó respecto de un nuevo sexismo dirigido hacia los varones; 4) la 'mito poética', que se focaliza en los varones a través de escritores como Robert Bly y su trabajo *Iron John* (1990), tratando de identificar la supuesta masculinidad escondida en todos los hombres; 5) la socialista, con su visión de que la masculinidad, y por lo tanto la relación del varón con la mujer está basada en clases estructurales determinadas económicamente; 6) la gay y su desafío a las formas dominantes de masculinidad; 7) la perspectiva de los varones afro-caribeños, examinando temas como la raza, la etnia y el racismo estructural; 8) la perspectiva cristiana evangélica, que sugirió un retorno a la imagen del varón presentada en la Biblia.





El *standpoint* de mi proyecto que aborda la masculinidad y las PEM, ya está planteado en el comienzo de este artículo pero resumidamente se puede decir que incluye: la especificidad de la cultura porteña; la localización social, el nivel educacional y laboral de los varones de los grupos investigados; y el interjuego de las masculinidades Hegemónica, Cómplice, Subordinadas y Marginales (Connell, 1997) que son discursos masculinos dinámicos que construyen posiciones subjetivas, que a su vez pueden cambiar de una escena a otra, es decir que un varón puede ocupar distintos lugares masculinos en un mismo encuentro. También hay que destacar que la masculinidad no está pensada esencialmente como un rol ni una identidad, sino una *performance*, que a su vez interactúa estrechamente con la emocionalidad. Esto implica que desde la dinámica performativa de los discursos que construyen masculinidad, emocionalidad y corporalidad, la interacción en el marco de los encuentros producen las subjetividades, temporal y espacialmente situadas, de los varones porteños. Si se toma como referencia la clasificación de Clatterbaugh, mi perspectiva coincide en parte con la número 3 de su lista, pero difiere en gran parte porque considera imprescindible enmarcar el estudio en la especificidad de la cultura porteña (latina y en un país periférico), y porque plantea una posición política diferente (ver punto 7, más adelante).

Otro aspecto fundamental de la investigación, que involucra directamente la dimensión reflexiva del conocimiento científico, es el análisis crítico de la intervención de la propia subjetividad del investigador. Ya me referí en varias oportunidades a cómo mi historia, mi masculinidad, y mis experiencias participaron activamente de distintos momentos del avance de este proyecto. Voy a continuar ahora con lo que sucedió una vez finalizado el trabajo de campo, las desgrabaciones de los videos y su traducción al inglés, es decir, cuando ya me encontré en situación de realizar el análisis de los datos y la escritura de los capítulos centrales de la tesis. Aún teniendo todo el material listo, durante varios meses (casi un año) mi trabajo en la tesis permaneció paralizado, no podía comenzar el trayecto final. Mis supervisores me habían dado su aprobación, ya estaban acordados el formato y los temas de los capítulos, pero no había forma de sentarme a trabajar. Me sentía muy trabado, sin la capacidad ni los recursos necesarios, sin fuerzas. Después de un tiempo de impotencia, comencé a sentir que hacerme cargo de las tareas restantes era aún demasiado para mí, pero sin darme cuenta por qué. Para empezar el trayecto final de la tesis, debí comenzar un psicoanálisis, que me permitió revisar varias cuestiones en relación con mi historia y, sobre todo, tuve que desempolvar y destrabar anudamientos y conflictos inconscientes de larga data. Recién pude retomar la tesis cuando comencé a trabajar en terapia varios de los problemas que, no casualmente, son los ejes centrales de mis capítulos de datos. Estos capítulos son cuatro y se abocan a: 1) Las PEM, el poder y las diferencias entre varones; 2) las PEM y la amistad entre varones; 3) las PEM y las relaciones de pareja; 4) las PEM y la sexualidad masculina. Mi relación con mi padre, con mis amigos, con mis parejas y mi sexualidad se pasaron a lo largo y a lo ancho



del diván de mi psicoanalista, para que yo pudiera empezar y avanzar en el análisis de mis datos y la escritura de mis interpretaciones. Este es un riesgo más que probable, cuando se trabaja reflexivamente una temática altamente involucrada con la subjetividad del investigador.

Finalmente, para concluir con el desarrollo de la dimensión reflexiva, quiero llamar la atención sobre la distinción que hace Lohan (2000) entre la reflexividad 'simple', utilizada por los Estudios de la Ciencia y la Tecnología<sup>7</sup>, y la reflexividad 'responsable' de la epistemología feminista. Si bien los primeros exploran en profundidad el tema de la reflexividad, conservan en sus explicaciones una narrativa analítica que esencializa la explicación objetivista en la cual "los otros están señalados, mientras que el narrador se permite una posición inocente" (Lohan, 2000, p.907). Para tomar seriamente o responsablemente a la reflexividad es necesario no sólo conservar, como proponía Harding, la búsqueda de una mayor objetividad, sino también integrar y explicitar cuál es la participación que tiene el investigador como parte de su proyecto de investigación. Es decir, tal como lo propone Haraway, situar nuestras formas de conocer, haciendo explícito nuestro sistema de valores en el cual basamos nuestro conocimiento. Esto implica hacer explícita la motivación, la historia, las relaciones y la voz del que investiga. Mínimamente, esto involucra un entendimiento de cómo nuestras lecturas se van mutuamente modelando a través de nuestra propia vida y de la vida de los otros en el trabajo de la investigación, y máximamente, involucra el hecho de que la epistemología es también una política de lo ontológico.

### 7. Dimensión Política y Productiva

La dimensión política se ha manifestado clásicamente en la investigación feminista a través de su compromiso de dar voz a las mujeres, para expresar sus realidades tal como ellas mismas las experimentan. En contraste con la postura objetivista del positivismo, en la cual los investigadores omniscientes nombran la realidad de aquellos a quienes investigan, "el feminismo insiste en que las mujeres deberían definir e interpretar sus propias experiencias, necesitamos redefinir y renombrar lo que otras personas (hombres, expertos) han previamente definido y nombrado por nosotros" (Stanley y Wise, 1983, p.194).

Para abordar la masculinidad teniendo en cuenta la dimensión política, es decir, las relaciones de poder que la atraviesan es necesario considerar varias cuestiones. No todos los estudios que dicen dedicarse a la masculinidad toman en cuenta los planteos políticos feministas, muchos de ellos han surgido como una contrapartida académica de los estudios de la mujer, sin clarificar ni reconocer su dimensión política.

<sup>7</sup> Dos estudios clásicos de investigadores de este campo, que continuamente se va a ampliando, son los de Bruno Latour & Steve Woolgar (1979) y Karin Knorr Cetina (1993).



Los estudios actuales sobre la masculinidad informados por la propuesta feminista, no escriben sobre los hombres como los representantes de la humanidad, sino que analizan los procesos mismos por los cuales han podido adquirir ese status. Es precisamente el status de los hombres como 'sujetos sin género', la clave de su hegemonía.

Es necesario deconstruir las relaciones naturalizadas a través de las cuales se sostienen mutuamente la masculinidad y la dominación. Dentro de los estudios de la masculinidad informados por las propuestas feministas, se pone el acento en las experiencias vividas por los varones y en visualizar las contradicciones y ambivalencias en sus vidas. Los tres aspectos centrales que permiten esta deconstrucción son:

1) Las masculinidades son consideradas como históricamente variables, es decir, de una manera no esencialista, y como una construcción dialéctica en relación con las feminidades. Ver las masculinidades como relativas a las feminidades y como construidas históricamente, resulta útil a la hora de criticar el concepto de los roles sexuales, concepto que permanece muy utilizado para explicar las relaciones de género fuera del campo de la sociología. Michael Kimmel (1987) argumenta que es un concepto extremadamente estático, que no permite el cambio. Es a su vez normativo, definiendo lo que las personas deberían hacer, más que reflejar sus conductas actuales. Y finalmente, minimiza el poder, ignorando la asimetría entre los roles femeninos y masculinos. En este proyecto, he reemplazado el concepto de roles sexuales por el concepto de *performance* de género (Butler, 1990), lo cual me ha llevado a desarrollar el concepto de PEM. Más aún, este concepto habilita para trabajar el género en el propio momento de la interacción, para acceder a lo intersubjetivo, lo relacional y lo corporal de manera integrada.

2) En los estudios feministas de la masculinidad hay una pluralización de las masculinidades, una apertura a la diversidad en la vida de los hombres, un rompimiento de los pares binarios y opuestos entre masculino y femenino, en los cuales se basa el patriarcado. Como lo plantea Connell (1987), existe poder dentro de las masculinidades, entre los distintos grupos de hombres en la sociedad, entre los posicionamientos que puede asumir cada sujeto masculino. El sujeto puede ser visto como constituido por masculinidades múltiples y fracturadas. Este entendimiento de las masculinidades fracturadas, según Lynne Segal (1997), puede crear espacios políticos para la tolerancia de las diferencias de género entre hombres, y también entre hombres y mujeres. "Los hombres sólo dejarán de desplazar sus miedos sobre sí mismos, como desprecio hacia las mujeres y antipatía y odio hacia los grupos de hombres excluidos y subordinados, si son capaces de reconocer y aceptar su propia masculinidad múltiple y conflictiva, capaces de cuestionar y complicar la propia masculinidad" (Segal, 1997, p.xxix).

3) Michael Kimmel (1994) señala las contradicciones entre la experiencia del poder



social que los hombres pueden detentar como grupo, y el poder individual. No todos los hombres se relacionan con el poder de la misma manera, existen jerarquías de poder en cuya cima está la masculinidad hegemónica (Connell, 1995). Sin embargo, al sugerir que el poder dentro y entre las relaciones de género es complejo, fluido y contradictorio, no se pretende ignorar la relación asimétrica entre masculinidades y feminidades en la sociedad occidental (Harding, 1986). Como sostiene Lynne Segal: “Por supuesto que son solamente grupos particulares de hombres en cualquier sociedad quienes ocuparán posiciones de poder y de influencia. Pero esto es precisamente lo que asegura, más que debilita, la estructura jerárquica de género en relaciones de dominación: la asociación simbólica de la masculinidad con el poder y de la feminidad con la subordinación” (Segal, 1997, p. xi).

Muchas feministas rechazan las nociones ‘masculinas’ de objetividad, neutralidad y distancia científica porque consideran que refuerzan la objetivación, explotación y subordinación de las mujeres (Cook y Fonow, 1990). En consecuencia, muchas feministas adoptan prácticas de recolección de datos que fomentan las relaciones de investigación igualitarias y no jerárquicas. Los métodos se seleccionan de manera que puedan minimizar el daño a los respondientes y que “cambien el balance de poder y control hacia los participantes de la investigación” (Wilkinson, 1999, p. 233). La preocupación central es evitar imponer las categorías analíticas y conceptos del investigador sobre lo que los participantes dicen. Aunque este compromiso con una “ciencia social emancipatoria” (Oakley, 1998, p. 707) no descarta el uso de métodos cuantitativos como encuestas o cuestionarios, ha llevado sin embargo a muchas feministas a favorecer métodos sociales científicos más cualitativos, como entrevistas semi-estructuradas o no estructuradas (Oakley, 1981) y *focus groups* (Barbour y J. Kitzinger, 1999).

Un especialista en la metodología cualitativa de Análisis de la Conversación (AC), David Silverman (1993), critica la metodología feminista y sostiene que la insistencia en la emancipación, como el objetivo de las investigaciones feministas corre el riesgo de confundir hechos con valores. Silverman sostiene que hay una necesidad de producir conocimiento fuera de los valores de aquellos que lo generan. Argumenta que el primer objetivo de la investigación científica es producir conocimiento válido, y que las preguntas acerca de lo político y los valores se plantea únicamente en cómo este conocimiento es utilizado. Aún cuando las feministas tengan buenas intenciones y estén bien dispuestas hacia los participantes, Schegloff (1997) las acusa de “imperialismo teórico”, de producir análisis y políticas que no están basadas en lo empírico, arriesgando a transformarse en mera ideología.

En la investigación clásica que utiliza AC, se adoptan prácticas de recolección de datos en las que el rol del investigador sea mínimo. Como ya se explicó en el punto 1, el AC consiste en el estudio del registro y desgrabación de interacciones conversa-



cionales, que ocurren naturalmente en espacios como una comida, un intercambio telefónico, etc. Analizándolas, se apunta a desentramar los procedimientos a través de los cuales los miembros producen una interacción social ordenada. Evitan el uso de métodos más tradicionales de obtención de datos, como las notas tomadas en el campo, entrevistas o experimentos (Ten Have, 1999), ya que los califican como demasiado intervencionistas sobre la realidad y los sujetos sociales que indagan. Contradiciendo lo planteado por Silverman (ver párrafo anterior), Longino (1990) sostiene que ninguna práctica de investigación puede efectuarse totalmente fuera del sistema de valores del investigador. Son precisamente aquellos que sostienen que la investigación libre de valores es posible, los que reproducen la visión androcéntrica del conocimiento.

Esta disputa entre la metodología feminista y AC se basa en los siguientes reproches mutuos. AC acusa a la metodología feminista de estar demasiado centrada en los objetivos políticos y, por lo tanto, arriesgando siempre la distorsión en la obtención e interpretación de los datos. La metodología feminista acusa al AC de falsa neutralidad, de no asumir la dimensión política, al afirmar que traduce acríticamente los argumentos de los investigados. Según ellas, los respondientes no están siempre en la posición de 'ver' y por lo tanto problematizar su propia opresión. Las feministas priorizan su agenda política, y por lo tanto su rol no es simplemente reflejar y validar aquello que las mujeres cuentan acerca de sus experiencias, sino proveer "una crítica feminista y un desafío a la forma en la cual las experiencias de las mujeres son construidas bajo un (hetero) patriarcado" (Kitzinger y Wilkinson, 1997, p. 573).

A pesar de estas diferencias significativas entre AC y las feministas, creo haber encontrado un modo en el cual AC puede ser utilizada para enriquecer la dimensión política de la investigación en género. Además de ofrecer una forma de capturar y objetivar el momento de la interacción, AC puede proveer herramientas para explorar reflexivamente y al mismo tiempo re-teorizar la relación entre investigador e investigado, la relativa importancia que tiene la perspectiva de cada uno de estos y la tensión que puede existir en su interacción. Para hacer esto uso AP, un derivado directo de la metodología AC para explorar la interacción que se da entre las PEM, en los encuentros de varones, donde soy un participante más. Al comienzo de cada encuentro explico a cada grupo de varones cuál es el objetivo de mi proyecto. Esto ha resultado un estímulo para que durante el desarrollo de los encuentros, ellos espontáneamente se planteen preguntas y discutan acerca de muchas cuestiones relativas a la masculinidad y la emocionalidad. En todos estos momentos, mi participación no es ingenua ni neutral, es una influencia que busca acceder a la masculinidad, buscando indirectamente producir algún nivel de visualización de la misma. Vale decir, participo de los encuentros, con lo cual influyo parcialmente en los sujetos de mi muestra pero registro, controlo y analizo esta influencia.



En casi todo mi recorrido personal/teórico/metodológico fui perseguido por la pregunta acerca de “qué se puede hacer con un varón.” En un artículo que escribí sobre el tema (Bazán y Gosende, 2000) me pregunto qué es lo que podría llevar a un varón a cuestionarse acerca de su género, y cuál sería un motivo que lo haría cambiar al respecto. Confieso que nunca encontré respuestas que me convencieran, especialmente si el planteo alcanza el nivel de una *política de género masculino*. Sin embargo, siempre fui consciente de que este nivel debe ser abordado si se quiere trabajar con la realidad de género. No es posible investigar esta realidad, tan atravesada por desigualdades, por luchas y reivindicaciones, sin asumir un posicionamiento claro al respecto. Y llamo posicionamiento claro a una estrategia colectiva de cambio para la masculinidad. Algo que tuviera suficiente sentido para mí y para otros como para poder ser elevado al nivel de propuesta para compartir por muchos otros. Reflexionar acerca de este aspecto implica hacerse cargo de la dimensión productiva del conocimiento científico (Ibáñez, 1992), es decir, la necesaria modificación de la realidad que el conocimiento genera o podrá generar.

Tal como me sucedía al comenzar este proyecto, la mayoría de los varones no se percibe perteneciendo al “género masculino”. Por ejemplo, el varón que asume un lugar de masculinidad hegemónica con relación a otros, paga un costo por asumir ese lugar. No puede demostrar debilidad, no puede aceptar el sufrimiento interno. Sus relaciones con otros van a existir sobre la base del enfrentamiento, buscando siempre un plus de dominio, de control. A nivel de la relación de pareja, su vínculo suele estar muy sexualizado, el otro es percibido fundamentalmente como un objeto. Todo este alto costo que implica la masculinidad hegemónica difícilmente llegue a ser reconocido, muchas veces ni siquiera es experimentado. Entonces, si cuando hablan acerca de sus vidas los hombres no se identifican a sí mismos como sujetos de un sufrimiento, ¿cómo es posible representar sus experiencias desde su punto de vista y, al mismo tiempo, cuestionar sus posicionamientos si ellos no los cuestionan para sí mismos?

Frente a este panorama, mi obsesiva pregunta era: ¿Desde dónde me puedo posicionar para investigar y escribir acerca de la masculinidad, sin representar ni reproducir a la masculinidad hegemónica? Por esta época, pude comenzar a compartir todas estas inquietudes y exploraciones acerca del género masculino con un amigo. Nuestro vínculo de amistad fue transformándose en una relación cada vez más íntima, ya que la relación fue haciéndose progresivamente más recíproca, sincera, confiada, igualitaria (sin jerarquías), de mutuo sostenimiento y entrega. Esta relación, sumada a nuestras características e inquietudes personales, nos permitió explorar nuevos posicionamientos en relación con la masculinidad. A partir de nuestras diferencias y conflictos, empezamos a preguntarnos y a analizar nuestras determinaciones psíquicas (de nuestra historia personal y familiar), en relación con nuestras identidades masculinas. Nuestra relación afectiva fue el motor que nos permitió y nos permite ir supe-



rando los puntos ciegos, las trabas que impone la masculinidad como estructura psíquica a los varones. Sin darnos cuenta, al hacer todo esto, al cuestionarnos acerca de los modelos masculinos tradicionales y al intentar PEM distintas hacia el otro, ya estábamos creando un posicionamiento diferente, aún indefinido, pero ciertamente un lugar que busca una posibilidad situada fuera del juego que propone la masculinidad hegemónica. Para este posicionamiento, he propuesto el nombre de masculinidad alternativa; quizás se trate, hoy por hoy, de un lugar sólo imaginado por algunos varones, pero considero que es un lugar necesario si se quiere desarrollar una política de la masculinidad que busque algún tipo de cambio. Seguramente, después de decir esto, los resultados de mi proyecto van a ser vistos como sesgados por un objetivo político, claramente manifiesto. Y de esto se trata, la puesta en juego de la dimensión política y productiva del conocimiento científico. El investigador no puede evitar tener un posicionamiento político, lo bueno es decirle al lector cuál es este posicionamiento.

### 8. Reflexión Final

Tal como lo planteé en la introducción, el objetivo que perseguí en estas páginas fue mostrar las dimensiones histórica, hermenéutica, reflexiva y político-productiva de la masculinidad, discutiendo con las autoras feministas y otros autores pos estructuralistas, y ejemplificando el recorrido con mi propia investigación. El relato de los avatares subjetivos que transito para desarrollar el proyecto, ilustrado a través del lente de cada una de estas dimensiones, muestran lo trabajoso que ha resultado para mí el “acceso al género masculino”. Para la realización de investigaciones en género, estas dimensiones pueden ser tomadas en cuenta, analizadas, puestas a trabajar de manera explícita, etc.; lo que no se puede hacer es ignorarlas, especialmente cuando se ha llegado a tomar conciencia de su importancia.

### 9. Bibliografía

Abu-Lughod, L. (1990), “Can there be a feminist ethnography?”, *Women and Performance: Journal of Feminist Theory*, 5(1), 7-27.

Adler, P. A. & Adler, P. (1997), “Parent-As-Researcher: The Politics of Researching in the Personal Life”, *Reflexivity and Voice*, Hertz, R., (ed.) London: Sage.

Aldridge, J. (1993), “The textual disembodiment of knowledge in research account writing”, *Sociology*, 27 (1): 53-66.

Argyle, M. (1988), *Bodily Communication*, London, Methuen.

Austin, J. (1961), *Cómo hacer cosas con palabras*, Buenos Aires, Paidós.

Barbour, R.S. y Kitzinger, J. (eds) (1999), *Developing Focus Group Research: Poli -*



tics, *Theory and Practice*, London: Sage.

Barthes, R. (1984), *The Fashion System*, New York, Hill & Wang.

Bazán, C. y Gosende, E. (2000), "También para los Psicólogos, machistas eran los de antes. La masculinidad, objeto de investigación", *Diario La Nación*, jueves 28 Set/2000, Pag. 14, sector Ciencia/ Salud.

Birdwhistell, R. (1970), *Kinesics and Context: Essays on body motion communication*, Philadelphia, University of Pennsylvania Press.

Bly, R. (1990), *Iron John* Shaftesbury, Element.

Brunskell, H. (1998), "Feminist Methodology", *Researching Society and Culture*, Clive Seale (ed.), London: Sage publications.

Butler, J. (1990), *Gender Trouble. Feminism and the Subversion of Identity*, New York: Routledge.

Calás, M. B., & Smircich, L. (1999), "¿Past postmodernism? Reflections and tentative directions.", *The Academy of Management Review*, 24(4), 649-671.

Carlson, M. (1990), *Theatre Semiotics. Signs of Life* Bloomington, Indiana University Press. (1996), *Performance. A Critical Introduction*, London, Routledge.

Clatterbaugh, K. (1997), *Contemporary perspectives on Masculinity*, 2<sup>nd</sup> Ed Boulder Westview Press.

Clifford, J. (1983), "Power and dialogue in ethnography: Marcel Griaule's initiation", *Observers Observed: Essays on Ethnographic Fieldwork*, G.W Stocking (ed) Madison, WI: University of Wisconsin Press.

Clough, P.T. (2000), *Autoaffection: Unconscious thought in the age of Teletechnology*, Minneapolis: University of Minnesota Press.

Coll, J. et al. (1990), *Diccionario de gestos con sus giros más usuales*, Madrid: Edelsa.

Connell, R. W. (1987), *Gender & Power* Cambridge: Polity. (1995), *Masculinities* Oxford: Blackwell.

Cook, J.A. y Fonow, M.M. (1990), "Knowledge and Women's Interests: Issues of





Epistemology and Methodology in Feminist Research”, J.M. Nielsen (ed.), *Feminist Research Methods: Exemplary Readings in the Social Sciences*, Boulder, CO: Westview Press.

De Lauretis, T. (1984), *Alice doesn't: Feminism, semiotics, cinema*, Bloomington: University of Indiana Press.

Driessen, H. (1991), “Gestured Masculinity: Body and Sociability in Rural Andalusia”, J. Bremer and Herman Roodenburg (eds.), *A Cultural History of Gesture*, Ithaca, NY: Cornell University Press.

Edwards, D. (1997), *Discourse and Cognition*, London: Sage.

Fonow, M.M. y Cook, J.A. (1991), “Back to the Future: A Look at the Second Wave of Feminist Epistemology and Methodology”, en *Beyond Methodology*, Bloomington: Indiana University Press.

Foucault, M. (1979), *Discipline and Punish: The Birth of the Prison*, New York: Random House. (1980), *The History of Sexuality*, Volume I, An Introduction, New York: Vintage.

Geertz, C. (1993), *The Interpretation of Cultures*, London: Fontana Press.

Gill, Rosalind (1998), “Dialogues and Differences: Writing, Reflexivity and the Crisis of Representation”, en *Standpoints and Differences*, Henwood, Karen et. al. (ed.) London: Sage.

Glusberg, J. (1986), *El Arte de la Performance*, Gaglianone, Buenos Aires.

Goffman, E. (1959), *The presentation of Self in Everyday Life*, London: Penguin Books. (1961), *Encounters: Two studies in the sociology of Interaction*, Indiana: Bobbs Merrill. (1967), *Interaction Ritual. Essays on Face-to-Face Behaviour*, London: Allen Lane the Penguin Press. (1976), *Gender Advertisement*, Hong Kong: Macmillan.

Goleman, D. (1996), *Emotional Intelligence*, London: Bloomsbury.

Gosende, E. (2002), “Performances Emocionales Masculinas en encuentros informales de varones porteños”, *Revista Investigaciones en Psicología*, 7, 1, Fac. de Psicología, UBA, 2002.

Hall, S. (1998), “Cultural Identity and Diaspora”, en *Identity. Community. Culture*.



*Difference*, J. Rutherford (ed.), London: Lawrence and Wishart.

Haraway, D. (1988), "Situated Knowledges: the science question in feminism and the privilege of partial perspective", *Feminist Studies* 14 (3): 581-607. (1991), *Simians, Cyborgs, and Women: The reinvention of Nature*, London: Free Association Books. (1997), *Modest\_Witness@Second\_Millenium.Femaleman ©\_Meets\_Oncomouse™: Feminism and technoscience*, New York: Routledge.

Harding, S. (1986), *The science question in feminism*, Ithaca, NY: Cornell University Press. (1991), *Whose science? Whose knowledge? Thinking from Women's Lives*, Milton Keynes: Open University Press.

(1993), "Rethinking standpoint epistemology: what is strong objectivity?", en *Feminist Epistemologies*, L. Alcoff and E. Potter (eds), London: Routledge.

Harré, R. (1986), "The social constructionist viewpoint", *The Social Construction of Emotions*, R. Harré (ed.), Oxford: Blackwell.

Harstock, N. (1983), "The feminist standpoint: developing the ground for a specifically feminist historical materialism", *Discovering Reality: Feminist Perspectives on Epistemology, Metaphysics, Methodology and Philosophy of Science*, Harding and M Hintikka (eds), Boston, MA: Reidel.

Heath, C. (1986), *Body movement and speech in medical interaction*, Cambridge: Cambridge University Press.

Hill Collins, P. (1991), *Black Feminist Thought: Knowledge, Consciousness and the Politics of Empowerment*, New York: Routledge.

Hooks, B. (1982), *Ain't I a Woman? Black Women and Feminism*, London: Pluto Press.

Ibañez, T. (1992), La "Tensión Esencial" de la Psicología Social. Introducción en: *Teoría y Método en Psicología Social*. Darío Paez, España: Editorial Anthropos.

Jaggar, A. (1983), *Feminist Politics and Human Nature*, Brighton: Harvester.

Kimmel, M. (1987), *Changing Men: New Directions in Research on Men and Masculinity*, (ed.) Newbury Park, CA, London & New Delhi: Sage. (1994), "Masculinity As Homophobia: Fear, Shame and Silence in the Construction of Gender Identity", *Theorizing Masculinities* Brod & Kaufmann (eds), Newbury Park, CA, London & New Delhi: Sage Kitzinger, C. y Wilkinson, S. (1997), "Validating Women's Expe-



rience: Dilemmas in Feminist Research”, *Feminism & Psychology* 7(4): 566–74.

Knorr Cetina, K. (1993), “Strong Constructivism – from a Sociologist’s Point of View: A Personal Addendum to Sismondo’s Paper”, *Social Studies of Science*, 23, 3 (August 1993), 555–63; Berg.

Latour, B & Woolgar, S. (1979), *Laboratory Life: The Social Construction of Scientific Facts* Beverly Hills, CA & London: Sage.

Lohan, M. (2000), “Constructing Tensions in Feminist Technology Studies”, *Social Studies of Science*, Vol 30/6:895-916 Dic. 2000, London: Sage

Longino, H. (1990), *Science as Social Knowledge: Values and Objectivity in Scientific Inquiry*, Princeton, NJ: Princeton University Press.

Lutz, C. (1988), *Unnatural Emotions: Everyday Sentiments on a Micronesian Atoll and their challenge to Western Theory*, Chicago: University of Chicago Press.  
(1996), “Engendered Emotion: Gender Power, and the Rhetoric of Emotional Control in American Discourse”, en *The Emotions. Social Cultural and Biological Dimensions*, Harré, R. & Parrott, W. G. (eds.), London: Sage.

Lutz, C. & Abu-Lughod (1990), *Language and the Politics of Emotion*, Cambridge, Cambridge University Press.

Mc Neill (1992), *Hand and Thought, what Gestures Reveal about the Mind*, Chicago: University of Chicago Press.

Mulvey, L. (1975), “Visual pleasure and narrative cinema”. *Screen*, 16, 6-18.

Oakley, A. (1981), “Interviewing Women: A Contradiction in Terms”, en *Doing Feminist Research*, H. Roberts (ed.), London: Routledge and Kegan Paul. (1998), “Gender, Methodology and People’s Ways of Knowing: Some Problems with Feminism and the Paradigm Debate in Social Science”, *Sociology* 32(4):707–31.

Pavis, P. (1982), *Languages of Stage. Essays in the Semiology of Theatre*, Baltimore, John Hopkins University Press.

Potter, J. (1998), *La representación de la realidad. Discurso Retórica y Construcción Social*, Barcelona, Paidós.

Ramazanoglu, C. (1989), *Feminism and the Contradictions of Oppression*, London: Routledge.



- Riger, S. (1992), "Epistemological Debates, Feminist Voices: Science, Social Values, and the Study of Women", *American Psychologist* 47: 730-40.
- Sacks, H. (1992), *Lectures On Conversation* Edited by Jefferson, G. and Schegloff, E. Oxford: Blackwell.
- Sauer, B. (1999), "Embodied experience: representing risk in speech and gesture" *Discourse Studies*, 1, 3.
- Schegloff, E.A. (1997), "Whose Text? Whose Context?", *Discourse & Society* 8: 165-87.
- Schneider, J. (2002), "Reflexive/Diffractive Ethnography", *Cultural Studies.Critical Methodologies*, 2, 4, 60-482, London: Sage
- Searle, J.(1969), *Speech Acts*, Cambridge: Cambridge University Press
- Segal, L. (1987), *Isn't the future female? Troubled thoughts on Contemporary Feminism*, London: Virago. (1997), *Slow Motion, Changing Masculinities, Changing Men*, London: Virago Press.
- Silverman, D. (1993), *Interpreting Qualitative Data: Methods for Analysing Talk, Text and Interaction*, London: Sage. (1998), *Harvey Sacks. Social Science & Conversation Analysis*, London: Polity Press
- Spelman, E. (1988), *Inessential Woman: Problems of Exclusion in Feminist Thought*, London: The woman's Press.
- Spender, D. (1980), *Man Made Language*, London: Routledge & Kegan Paul.
- Stanley, L. y Wise, S. (1983), *Breaking out: Feminist Consciousness and Feminist Research*, London: Routledge and Kegan Paul. (1993) "On auto/biography in Sociology", *Sociology* 27 (1):41-52
- Stearns, C. And Stearns, P. (1988), "Understanding Emotions: Some Interdisciplinary Considerations", en *Emotion and Social Change. Toward a new Psychohistory*, Stearns & Stearns (eds.), New York: Holmes & Meier.
- Strongman, K.T. (1996), *The Psychology of Emotion, (4th Edition), Theories of Emotion in Perspective*, Chichester: Wiley.
- Ten Have, P. (1999), *Doing Conversation Analysis: A Practical Guide*, London: Sage.



Visweswaran, K. (1994), *Fictions of feminist ethnography*, Minneapolis: University of Minnesota Press.

Wilkinson, S. (1999), "Focus Groups: A Feminist Method", *Psychology of Women Quarterly* 23: 221-44.

Wolf, M. (1992), *Athrice told tale: Feminism, postmodernism, and ethnographic Responsibility*, Stanford, CA: Stanford University Press.

Recibido: 16 de julio de 2003

Versión final: 3 de septiembre de 2003

**Comentario del artículo "Accediendo al género masculino. Dimensiones histórica, hermenéutica, reflexiva y política de la masculinidad", de Eduardo Gosende por Luis Jimenez\***

¿Cómo representan y negocian los varones porteños, sus masculinidades y sus necesidades afectivas entre sí? Para responder a esta pregunta que ha inquietado a Eduardo Gosende desde su temprana adolescencia, él se enfoca a reflexionar tanto teórica como personalmente, cómo desarrollar estrategias metodológicas que le permitan explorar algunos aspectos de las dinámicas de interacción social que se dan entre varones heterosexuales porteños que viven en la ciudad de Buenos Aires.

A través de un vívido relato que combina tanto elementos autobiográficos como preguntas e inquietudes teórico/políticas, Gosende nos da cuenta de cómo en su intento de llevar a cabo su tesis doctoral –basada en esta misma pregunta–, tuvo que realizar un largo recorrido personal y profesional, que le dio la oportunidad de repensar y contextualizar esta pregunta desde diversas perspectivas.

Especialmente, se subraya la influencia y relevancia que el trabajo de académicos como Ervin Goffman, Judith Butler, Robert Connell, Rom Harre, Peter Stearns, Derek Edwards, David Silverman, Harvey Sacks, Tomás Ibáñez, Clifford Geertz, Sandra Harding y Donna Haraway entre otros, han tenido para Gosende. Curiosamente, –con excepción de dos artículos publicados por Gosende mismo– no se discute otra bibliografía mas específica sobre estudios realizados sobre la experiencias afectivas y de género entre los varones argentinos/porteños y su relevancia para su propio estudio.

En cuanto a la metodología, luego de simpatizar con algunos debates y de mostrar

---

\* Departamento de Sociología, Goldsmith College, University of London. E-Mail: sos01@gold.ac.uk



otros significativos, entre las diversas y variadas contribuciones al estudio teórico y empírico del género y de las emociones tanto desde el feminismo como desde las ciencias sociales, Gosende intenta conciliar su propia postura frente a esos debates planteando que él ha decidido adoptar la postura del “etnógrafo aborigen” de Geertz; –en este caso se trata del mismo Gosende que vivió durante un tiempo en Londres y luego retornó a Buenos Aires–. Asimismo, retoma elementos de la noción de actuación y emoción producidas desde la teoría de la interacción de Goffman, la noción de género y de representación del género (*performance*) de Butler, la noción de masculinidades dominantes y subalternas de Connell, la metodología del análisis de la conversación (Sacks, Silverman, Edwards, Potter), la noción de psicología discursiva de las emociones de Edwards, la noción de masculinidad gestualizada de Driesen, así como su propia metodología del “análisis de la *performance*” (Gosende, 2002).

Finalmente, en cuanto al encuadre epistémico, la forma y el estilo de escritura sobre el uso de este método, Gosende sigue los lineamientos normativos que Tomás Ibáñez propone en cuanto a las características “esenciales” del conocimiento científico de las ciencias sociales, desde la perspectiva del construccionismo social. Esto incluye cinco dimensiones: histórica, hermenéutica, reflexiva, productiva y política.

Asimismo, el análisis de la *performance* utilizado por Gosende, incluye el análisis *conversational*, realizado desde una perspectiva interaccionista simbólica y además incorpora lo gestual y lo dramático, para explorar la interacción emocional y el lenguaje verbal, gestual y corporal que los varones porteños utilizan en sus encuentros entre amigos. Para dar cuenta de las temáticas abordadas en los encuentros, estos se transcriben y se clasifican en “escenas”, las cuales son analizadas según las “estrategias interaccionales performativas”, que predominan y caracterizan la interacción en estas escenas.

En cuanto a la operacionalización de esta metodología, dado que en el pasado Gosende no tuvo buena respuesta de parte de sus participantes –quienes no eran amigos suyos–, en el uso de esta metodología decidió reunirse en varias ocasiones con varios de sus amigos (todos académicos heterosexuales de entre 30 y 40 años) a propósito de reuniones ordinarias, pero muy significativas. Estos encuentros incluyen comidas, y/o “asados”– que según entiendo (Tobin, 1999) se componen de diversos elementos pseudo-ritualizados, con un claro sentido patriarcal y heterosexista–, así como ver fútbol por la televisión entre amigos; una vez reunidos, les planteó su interés en contar con su colaboración para discutir y videograbar las conversaciones para, al mismo tiempo, conversar con ellos sobre su condición de varones hererosexuales y sus formas de negociar sus necesidades afectivas entre sí.

En síntesis, creo que el método desarrollado por Gosende es una contribución muy



significativa, tanto para la metodología cualitativa de género como para el estudio de las masculinidades latinoamericanas, y también tiene claramente sus ventajas y potencial. Por ejemplo, cabe señalar que en algunas discusiones sobre investigaciones sociológicas basadas en la grabación de encuentros interaccionales (Speer & Hutchby, 2003), el hecho de que los participantes sepan que sus interacciones están siendo grabadas con instrumentos de video-grabación, a menudo se ha asumido –sin realmente corroborarlo– que eso puede tener efectos detrimentales o contraproducentes sobre la “autenticidad” o la “naturalidad”– aunque no hay nada más innatural que lo “natural”– de los datos obtenidos. Sin embargo, tal y como otros lo han hecho productivamente, Gosende deliberadamente llama y enfoca la atención de sus participantes a reconocer y discutir el hecho de que sus interacciones están siendo grabadas y cómo estas observaciones y las dinámicas interaccionistas o “estrategias interaccionales performativas” que estas generan, se convierten en sí mismas en tópicos analíticos que tienen que ser situados y negociados durante los encuentros.

En este sentido y dado que Gosende sostiene que su enfoque es altamente reflexivo, quizás convendría que enfatizase un poco más, por un lado, que su método también incorpora de forma crucial a la amistad en tanto que paradigma de las relaciones interpersonales. Esto es, cómo y por qué él asumió –dadas sus infructuosas experiencias pasadas con otros varones porteños que no son sus amigos–, que el trabajar con no-amigos necesariamente afectaría el nivel de participación, compromiso y la autenticidad de los encuentros y cuáles son las consecuencias epistémicas y morales de esto. También sería muy útil en la descripción del método, mencionar como Gosende mismo introduce (por ejemplo: con qué lenguaje, actitudes y fraseología) y negocia con sus amigos tanto el tema de los encuentros como el hecho de que su metodología requiere que los encuentros sean videograbados. Es decir, cómo y de qué manera ellos aceptan esto y además, cómo aceptan también convertir esta situación en un tópico más, que se integra como parte de la agenda a cubrir durante los encuentros.

Asimismo, convendría también incluir alguna breve nota sobre hasta que punto, el énfasis puesto (o si se quiere, el privilegiar) tanto los aspectos meramente “performativos” como la propia clasificación/codificación de las “estrategias interaccionales performativas” podría indirectamente descuidar no sólo la situación y la dimensión experiencial, –sobre todo lo moral y lo afectivo– de sus actores/amigos, sino que tampoco dejaría suficiente espacio para explorar y reconocer las capacidades creativas de los participantes. Aunado a esto, quizás también convendría comentar brevemente cómo se va a minimizar el potencial riesgo de intelectualizar la experiencia emocional como consecuencia de la metodología usada –ejemplo: aciertos, limitaciones, ventajas, desventajas, etc.

En cuanto al uso de los términos “performances” y “performativo”, también sería



muy útil aclarar y distinguir que estos, así como otros similares, por ejemplo “gender performance” o “queer performativity”, no son sinónimos ni tampoco tienen una traducción literal en lenguaje castellano y especialmente, porque la versión “Spanish” resulta útil para enmarcar y explicar el contexto cultural en el que él trabaja.

Finalmente, Gosende también intenta enmarcar y revalidar sus argumentos desde una perspectiva “objetiva” y “científica”, siguiendo los planteamientos normativos de Tomás Ibáñez (preocupación válida, dado el tema, el tipo y nivel de la tesis). Sin embargo, encuentro que este énfasis en lo científico y lo objetivo constituye una inquietud/preocupación muy heterosexual masculina (Thiers-Vidal, 2002), sobre todo si se considera que el trabajo de Ibáñez no da clara cuenta de las dimensiones moral y de género, en las prácticas y estrategias de producción y validación del conocimiento científico social. Es decir, en este punto, convendría considerar hasta que punto al poner el énfasis en estos principios, Gosende también correría el riesgo de desaprovechar la oportunidad para cuestionar otros elementos de políticas patriarcales y heterosexistas en las formas masculinas de hacer y validar el trabajo académico.

### **Bibliografía**

Archetti, E. (1999), *Masculinities: Football, Polo, and the Tango in Argentina*, Oxford: Berg.

Reid H. & Fine, G. (1992), “Self Disclosure in Men’s Friendships; Variations Associated with Intimate Relations”, en Nardi, Peter (Ed) *Men’s Friendships*, London: Sage.

Speer, S. & Hutchby, I. (2003), “From Ethics to Analytics: Aspects of Participants’ Orientations to the Presence and Relevance of Recording Devices”, *Sociology*, 37(2):315-337.

Tobin, J. (1998), *Manly Acts: Buenos Aires*, Tesis Doctoral, Rice University, Houston, Texas (Serie: Antropología). (1999), “A Performance da Masculinidade Portenha no Churrasco” Cuadernos PAGU (Centre of Gender Studies, University of Campinas), Vol. 12, pp.301-329. También hay traducción al idioma Inglés: “Asado and the Culinary Performance of Porteno Masculinity” ver: <http://faculty.oxy.edu/tobin/documents/cadernos.html> (2000) “A Question of Balls: Sexual Politics of Argentine Soccer” en: Sue-Ellen Case (Ed) *Decomposition: Post-Disciplinary Performance*, Bloomington: Indiana University Press (También disponible por internet: <http://faculty.oxy.edu/tobin/documents/balls.html>)

Thiers-Vidal, T. (2002), “De la Masculinite a L’Anti-Masculinism: Penser les Rapports Sociaux de Sexe a Partir d’une Position Sociale Oppressive” *Nouvelles Questions Feministes*, 21(3): 71-83.